

---

**Dostoievski y los círculos gubernamentales de los años 1870<sup>1</sup>**

Leonid Grossman

**I**

Dostoievski entró en contacto en dos ocasiones con el curso de la política de su tiempo: al principio y al final de su trayectoria literaria. Si en los años 1840 tuvo una participación importante en los círculos de los fourieristas rusos e incluso se vio involucrado en la propaganda revolucionaria del grupo de Petrashevski, su temprana oposición no llegó a convertirse en acto y se interrumpió relativamente pronto con su arresto en abril de 1849. Pero en la última etapa de su vida Dostoievski frecuentó el ambiente de los hombres de Estado de la Rusia imperial y, en conformidad con la orientación general de los círculos gubernamentales de San Petersburgo, llevó adelante su labor como periodista de opinión y aguzó la dimensión ideológica de sus obras literarias. En sus conversaciones con los representantes de la dinastía, en su trato con los ministros, en los sucesivos números de *Diario de un escritor* y, por último, en sus novelas sociales, Dostoievski se convirtió en una fuerza política importante y singular: elaboraba para los dignatarios en ejercicio de sus funciones ideas filosóficas generales en cuyo nombre se podía aplicar tal o cual medida práctica. Dotaba a las tareas concretas inherentes al Estado de amplios principios históricos e hipótesis políticas generalizadoras sobre la unión paneslava, el reconocimiento de los rusos en Asia y en el Bósforo, la santidad de la guerra, la misión civilizadora de Rusia en el Cercano Oriente. Era como si se hubiera impuesto el objetivo de colocar el pensamiento abstracto al servicio del zarismo y de fortalecer su soberana influencia con su palabra autorizada de escritor célebre. Se trata de esa peculiar «política de ideas» que a menudo parece gravitar sobre los hechos y las acciones sin entrar en detalles y sin preocuparse de los problemas de su ejecución, pero que generaliza las tradiciones patrióticas y enmascara con una filosofía de la historia el programa y la práctica de los círculos dirigentes.

El contraste de épocas y momentos inherente a la biografía de Dostoievski adquirió particular relieve al final de su trayectoria vital. Participante en un círculo socialista de los años 1840 en el que se debatían cuestiones tales como el regicidio, el

---

<sup>1</sup> Aparecido por primera vez en la revista *Литературное наследство [Legado Literario]*, núm. 15 (1934), págs. 83-123. Se traduce y se publica con permiso de los derechohabientes. (Nota el traductor).

---

aniquilamiento de toda la familia real y de toda la cúpula gobernante, Dostoievski en los años 1870 ingresa en los círculos de la corte y traba estrecho contacto con los representantes más notables de la casa reinante. El episodio poco conocido de que fue protector espiritual del gran príncipe menor, su trato con el hermano del zar —el general-almirante Konstantín Nikoláievich—, su amistad con el joven Konstantín Románov y, por último, su relación directa con el heredero del trono y su «majestad-zesariévna»<sup>2</sup> cierran el ciclo de su acercamiento ideológico y personal con figuras de la época de Alejandro II tales como Konstantín Pobedonóstsev, Tierti Filíppov y Mijaíl Katkov. En su tercera generación, el zarismo, que había condenado en 1849 a Dostoievski al fusilamiento y a la prisión, no sólo lo libera de toda sospecha de alentar ideas opositoras, sino que lo eleva al grado de portavoz de sus concepciones y designios fundamentales. Los nietos de Nicolás I tratan a Dostoievski con la más venerable atención, tratando de conservar para su actividad política a un aliado tan importante e influyente como el más famoso de los escritores de la antigua pléyade de novelistas rusos.

No por nada, a la mañana siguiente de la muerte de Dostoievski, el 29 de enero de 1881, el heredero escribe a Pobedonóstsev: «Lamento mucho, mucho la muerte del pobre Dostoievski; es una gran pérdida; definitivamente nadie lo sustituirá»<sup>3</sup>. Desde luego, la referencia no es a la literatura, que importaba bastante poco al «zesariévich», sino a la suprema política estatal, a la cual el escritor recién fallecido se había dedicado de lleno en su labor periodística. Y si Dostoievski no hubiera muerto un mes antes de que Alejandro III subiera al trono, es probable que lo hubiéramos visto en los años 1880 como un abierto defensor de la creciente autocracia que buscaba alarmada, después de la conmoción del 1 de marzo<sup>4</sup>, fundamentos nuevos y sólidos para reforzar su tambaleante poder.

El acercamiento al poder supremo abre ampliamente a Dostoievski los cerrados círculos de la aristocracia capitalina. Dostoievski, que nunca había pertenecido ni por su origen, ni por su profesión, ni por su modo de vida a la alta nobleza, al final de su vida frecuente sobre todo ese círculo y trata de convertirse en el portavoz de sus concepciones sociopolíticas. En calidad de editor de la revista *El Ciudadano* se aproxima a un conjunto de importantes gobernantes que colaboran en el órgano de Mesherski y participan en los

---

<sup>2</sup> Esposa del hijo del zar. (Nota del traductor).

<sup>3</sup> *K. P. Pobedonóstsev y sus correspondientes*. Editorial Estatal, Moscú, San Petersburgo, 1923; reeditado como *K. P. Pobedonóstsev y sus correspondientes*, en 2 tomos, Ed. Jarvest, Minsk, 2003.

<sup>4</sup> Referencia al asesinato del zar Alejandro II en 1881. (Nota del traductor).

---

salones políticos de la capital. La sección «Crónica diaria» de *El Ciudadano*, que ofrecía ante todo un panorama de la vida aristocrática y gubernamental al estilo de las famosas reseñas del periódico francés *Le Figaro*, aproximó a su vez a Dostoievski a la Petersburgo de los altos dignatarios. Allí se mencionaban todo el tiempo los nombres de los representantes de ese mundo, entre los cuales encontramos los apellidos de futuras y reconocidas correspondientes de Dostoievski.

Si a principios de los años 1870 Dostoievski se aproxima a los periodistas de opinión gubernamentales, el final de esa década está marcado por su trato directo con los más encumbrados representantes del poder y de la nobleza. Fiel a las convicciones políticas que se había formado y al programa social que había aceptado en su última etapa, Dostoievski se aproxima en sus últimos años a amplios sectores del mundo petersburgués cuyos intereses estamentales y estatales se considera llamado a defender. Con ello es como si culminara una tendencia que se perfilaba desde hacía mucho tiempo: ya en los años 1860 Dostoievski le había redactado a su amigo el barón Wrangel, para la asamblea de nobles de la provincia de Petersburgo, un discurso brillante sobre los privilegios y los derechos de la nobleza. En 1869, en una carta a Strájov, expresa su admiración por un nuevo drama en el que se muestra «sin caricatura alguna la majestuosidad boyarda» y se despliega un cuadro de la «caballerosidad» rusa y del «*grand monde*» moscovita del siglo XVII «en grado veraz y superlativo»<sup>5</sup>. Y, en plena consonancia con esas concepciones, en los planes de la novela *Los demonios* traza la imagen de uno de los principales personajes positivos como una «nueva forma de boyardo»<sup>6</sup>.

Tal era una de las simpatías sociales predominantes de Dostoievski después de la década de 1840.

Es característico que, al informar a sus parientes de su inminente matrimonio, él, a pesar de los hechos, declara que su futuro suegro es «nieto de un emigrado francés de la primera revolución, un noble llegado a Rusia»<sup>7</sup>, y que los hijos de ese descendiente de los legitimistas servían en la guardia. Cuando, al final de su vida, uno de sus interlocutores le dijo que Mesherski era ridículo con sus iniciativas para la nobleza, Dostoievski lo interrumpió: «¿Acaso no considera necesario reunir en alguna organización a las mejores

---

<sup>5</sup> F. M. Dostoievski: *Obras completas en 30 tomos* (= PSS), tomo 29.1, pág. 36. De aquí en adelante referiremos esta fuente con la abreviatura PSS, indicando tomo y número de página. (Nota del traductor).

<sup>6</sup> *Cuadernos de apuntes de F. M. Dostoievski*. Ed. Academia, Moscú, 1935, pág. 160. (PSS, 12: 117).

<sup>7</sup> PSS, 28.1: 260.

---

personas?»<sup>8</sup>. Él mismo ya era por entonces un miembro destacado de la unión que aglutinaba a los representantes eslavófilos del mundo gubernamental y militar con los círculos de derecha del periodismo y la ciencia. Se trataba de la Sociedad Eslava de Beneficencia, surgida del antiguo Comité Moscovita, que intentaba contraponer las fuerzas estatales y eclesiales rusas a las organizaciones occidentales de propaganda latino-jesuita entre los eslavos. A fines de los años 1870 Dostoievski era el vicepresidente de la Sociedad; es él quien escribe una felicitación al zar por su vigésimo quinto aniversario y quien viaja como delegado a Moscú para la inauguración de un monumento a Pushkin. Era reconocido como el portavoz del pensamiento de toda la asociación<sup>9</sup>.

Y al igual que muchos representantes ocasionales y dudosos de la clase dominante, Dostoievski valoraba en exceso su pertenencia a ella; no tenemos fundamento alguno para desconfiar del testimonio de su hija: «Mi padre ponía muy en lo alto su título de noble, y antes de morir le pidió a mi madre que nos inscribiera a nosotros, sus hijos, en el mismo libro, lo que ella cumplió»<sup>10</sup> (se trata del libro de la nobleza moscovita en el que había sido inscrito Dostoievski).

Con esa precisión especificaba el propio escritor su procedencia de clase, como si rechazara la futura tendencia de los investigadores a adscribirlo al estrato social medio. Y, en efecto, hijo de un pequeño noble que poseía una hacienda en la provincia de Tula, Dostoievski fue toda su vida un noble empobrecido que añoraba en la ciudad capitalista el modo de vida de la hacienda y soñaba apasionadamente con un latifundio para salir de la decadencia material y estamental y fundirse al fin con la gran nobleza. Hacia el fin de su vida logró alcanzar en gran medida ese objetivo. Muere en medio de gestiones para adquirir una hacienda, en vísperas de obtener por herencia una propiedad en el campo, frecuentando los círculos de la corte y manteniendo un trato directo con los representantes de la casa reinante.

Pero todo ello ya no puede modificar su psicología estamental, ya sólidamente constituida, y su carácter social. A pesar de su ascenso material y social tan exitoso, Dostoievski, por su fisonomía interior, seguirá siendo hasta el fin un «caballero pobre», un descendiente miserable de mariscales lituanos, un pequeño noble ruso.

---

<sup>8</sup> De Wollant Gr.: «Esbozos del pasado (F. M. Dostoievski, G. I. Uspenski...)», en *La voz del Pasado* (1914), núm. 4, pág. 124.

<sup>9</sup> Poco antes de morir, a principios de enero de 1881, Dostoievski pronuncia en el consejo de la Sociedad Eslava de Beneficencia un «ardiente discurso» sobre la necesidad de que la Sociedad contara con su propio órgano, «que pregonaría la idea rusa» (Discurso sobre F. M. Dostoievski del presidente de la Sociedad Eslava de Beneficencia Bestúzhev-Riumin, en *La estrella polar*, 1881, núm. 2, págs. 149-153 (Sección 2).

<sup>10</sup> L. F. Dostoiévskaja: *Dostoievski según el retrato de su hija*. Ed. Andréiev e hijos, San Petersburgo, 1992.

---

Al final de su vida, la acusada autoconciencia estamental del escritor se reflejó notablemente en sus vínculos personales. Dostoievski tuvo relativamente poco trato con la Petersburgo literaria de fines de los años 1870; en esa época más bien frecuentaba los círculos de la nobleza petersburguesa, que acogía con mucha simpatía en su inaccesible ambiente al célebre novelista. La cúpula aristocrática de la capital, el círculo de la oligarquía cortesana o militar: he ahí el entorno humano de su vejez. A fines de los años 1870 Dostoievski trata constantemente con la condesa S. A. Tolstaia (viuda del poeta Alekséi Konstantínovich); a E. A. Naríshkina; a la condesa A. E. Komaróvskaia, esposa del director de la Administración Central de la Prensa, I. F. Abazá; a la princesa Volkónskaia, esposa del destacado diplomático S. P. Jitrovó; al antiguo responsable del distrito escolar de Vilna, I. P. Kornílov; al general eslavófilo Cherniáev; al futuro ministro de finanzas I. A. Vishnegradski; a la hija del arquitecto de la corte Elena A. Stackenschneider; a la presidente de la Comunidad de Hermanas de la Caridad San Jorge, Elizaveta N. Heiden; a la presidente de la Sociedad de Refugios Nocturnos, I. D. Zasiétskaia, etc. Algunos conocidos liberales son admitidos sólo en ese círculo, como, por ejemplo, A. P. Filósofova o A. F. Koni. Así fue como se creó en los últimos años de su vida una singular «Petersburgo de Dostoievski» que ya no recordaba en absoluto los barrios pobres reflejados en sus tempranos relatos y en su primera gran novela. Se produjo un brusco cambio en el decorado y en el plano de su vida política. El humilde ambiente de sus jóvenes intervenciones en los barrios pobres de la capital fue sustituido ahora por el fondo de gala de la residencia del zar. La casita torcida de madera en Stáraia Kolomna con la lamparilla humeante y el sofá desgarrado, en la que el joven Dostoievski aprendía y predicaba el socialismo, cedió su lugar a los salones del Palacio de Mármol y a las salas de recepción del Palacio Ánichkov y el Palacio de Invierno. El último capítulo de la biografía de Dostoievski adquiere por ello un colorido fastuoso y solemne muy impropio de su vida nómada, presidiaria y de trabajo, al punto de que el propio escritor ocultaba de su viejo entorno literario ese inesperado giro del destino, que lo había llevado de los cuarteles de los presidiarios y de los soldados, de las casas de juego y de las redacciones a los salones de los Rastrelli y los Rinaldi, donde el cantor de los humillados y ofendidos ahora era benévola mente escuchado por los encumbrados representantes del mundo dinástico y distinguido del imperio.

---

II

Ese trasfondo social del último período de la biografía de Dostoievski no es indiferente para su actividad literaria. En los años 1870 el escritor aboga a cara descubierta por un poder estatal fuerte. Comienza el período de su notable participación en la vida política del país. Su trabajo de editor en *El Ciudadano*; la publicación sistemática de su revista unipersonal, que se hacía eco de todas las cuestiones que inquietaban la vida interior del país y del extranjero; su trato personal con los más destacados dirigentes del gobierno; por último, la propaganda artística de las ideas rectoras del Estado en sus novelas: todo eso lo coloca en condiciones excepcionalmente favorables para influir en la opinión pública. En la Rusia monárquica, donde la actividad estatal era accesible sólo al estrecho círculo de la familia real y sus amigos personales, el autor de *Diario de un escritor* logró crearse una verdadera tribuna política.

Con auténtico olfato de activista, Dostoievski en sus intervenciones busca adeptos e intenta captar aliados. Los viernes del círculo de Petrashevski y la redacción de las revistas semigubernamentales de los años 1870: he ahí los focos ideológicos de las dos épocas de su biografía política. Pero, si en los albores de su actividad literaria su compañero de lucha ideológico y, en parte, su guía político fue para él «el primer comunista ruso» Spéshniev, en el ocaso una misión análoga la cumplió el célebre jurista y pedagogo de la corte Konstantín Petróvich Pobedonóstsev. En calidad de hombre de Estado que aún se halla lejos de alcanzar puestos de mando, el futuro procurador del Santo Sínodo contaba en gran medida con el periodista y editor de *El Ciudadano* Dostoievski. En la época en que surgió su amistad, el posteriormente célebre jefe de la política del Estado, que hasta 1872 había detentado el título de senador, acababa de ser designado miembro del Consejo Estatal. Como profesor de jurisprudencia de los grandes príncipes, ya gozaba de reconocimiento en la corte, aunque Alejandro II no lo apreciaba «a causa de su mojigatería». Como es sabido, Pobedonóstsev alcanzó una verdadera influencia y poder sólo en el reinado siguiente, pero ese objetivo lo había perseguido desde antaño con disimulo y tenacidad.

La unión con un escritor importante que adhería al rumbo del gobierno atrajo mucho a aquel refinado político inclinado al cabildeo y que en secreto aspiraba a ocupar puestos ministeriales. Ya en el verano de 1873 Pobedonóstsev ayuda activamente a Dostoievski a componer los números de *El Ciudadano*, «trabaja junto con él», intenta aliviarle la dificultosa labor editorial. Esa colaboración reviste tanto más interés por

---

cuanto, a partir de su relación editorial y periodística, surge entre ellos una afinidad que no tarda en convertirse en una verdadera amistad basada en la comunidad de ideas y en el objetivo de influir conjuntamente en la política. La principal idea de Pobedonóstsev – crear una Rusia monárquica fuerte mediante la restauración del lugar que ocupaba la iglesia en la vida rusa antes de Pedro el Grande– era afín a las concepciones eslavófilas o «del terruño» de Dostoievski. Sobre esa base ambos hombres hicieron fácilmente una alianza: «Aquí no tenemos *cultura* [...], querido Konstantín Petróvich, y no la tenemos por la vía del nihilista Pedro el Grande», escribe Dostoievski a Pobedonóstsev en 1879<sup>11</sup>, expresando una de sus opiniones más antiguas, que se entreveían en sus cuadernos de apuntes de mediados de los años 1860. De la correspondencia entre ambos se ve que Pobedonóstsev seguía con mucha atención la actividad periodística de Dostoievski, le proporcionaba materiales para *Diario de un escritor* (por ejemplo, sobre el suicidio de la hija de Herzen), le daba una pormenorizada valoración de casi cada número de la revista, era un consultor tácito del escritor en las cuestiones más importantes de la política estatal; sobre ello Dostoievski le escribió agradecido: «Ya he decidido ahora que, desde el año que viene, reanudaré sin falta *Diario de un escritor*. Entonces recurriré otra vez a usted (como lo hice en aquellos días) para que me dé indicaciones; espero de todo corazón que no se niegue a dárme las» (19 de mayo de 1880)<sup>12</sup>. Y Pobedonóstsev, sin negarse en absoluto a dar consejos y recomendaciones, contribuyó por todos los medios posibles al éxito de *Diario de un escritor*. Hay fundamentos para suponer que una gran cantidad de representantes del clero entre los suscriptores de *Diario de un escritor*, incluyendo a altos jerarcas como el vicedirector del monasterio Kíevo-Pecherski o el obispo de Astracán y Ienotáiev, se explica por la recomendación que el Santo Sínodo hacía de la revista de Dostoievski.

Pobedonóstsev también fue consejero del escritor respecto de cuestiones de índole artística. «A su “Zosima” lo concibió según mis indicaciones –dijo el procurador general del Sínodo a I. Aksákov–. Mantuve con él muchas cordiales conversaciones»<sup>13</sup>. En una carta del 10 de marzo de 1904, Pobedonóstsev, agradeciendo a A. G. Dostoiévskaja por el envío de una nueva edición de *Los hermanos Karamázov*, escribe: «Recuerdo cuando Fiódor Mijáilovich escribía ese libro; por entonces venía a verme los sábados por la tarde

---

<sup>11</sup> PSS, 30.1: 67.

<sup>12</sup> PSS, 30.1: 56.

<sup>13</sup> Carta a I. S. Aksákov del 30 de enero de 1881. ИРЛИ, № 22583.

y me contaba emocionado las nuevas escenas de la novela»<sup>14</sup>. Aún ofrece más detalles al respecto en una carta a A. G. Dostoiévskaja del 24 de noviembre de 1906, es decir, pocos meses antes de morir. «Ya quedan pocos de sus viejos amigos; yo aún sigo con vida y creo que muchos de los que no han llegado hasta nuestros días son dichosos. A su esposo no lo conocí en mis años mozos. Nuestro vínculo comenzó en las veladas en casa de Mesherski, y después nos aproximamos más; yo lo ayudaba con el trabajo cuando de su cuello pendía la publicación de *El Ciudadano*. Y en los últimos años solía venir a verme los sábados por la tarde para conversar; recuerdo como si fuera hoy cómo me contaba, animado y recorriendo la habitación, los capítulos de los *Karamázov* que llevaba escritos»<sup>15</sup>.

Las cartas conservadas testimonian que Pobedonóstsev no dejó de orientar a Dostoievski incluso durante su trabajo en *Los hermanos Karamázov*. Y el célebre novelista acepta esa guía, pide comentarios, explica sus puntos de vista, busca apoyo, comparte sus planes e intenciones. No oculta que va a ver a Pobedonóstsev para «curar el alma»<sup>16</sup>, para atrapar «una palabra de recomendación»<sup>17</sup>, y señala con insistencia su completa comunidad de ideas: «Mi discurso sobre Pushkin ya lo he preparado, y justamente llevando al *extremo* mis (o sea, me atrevo a decir *nuestras*) convicciones – escribe en una carta del 19 de mayo de 1880–, por eso espero, acaso, alguna que otra difamación»<sup>18</sup>. «A ver, ¿qué será de *Rusia* si nosotros, los últimos mohicanos, morimos?», pregunta en otra carta<sup>19</sup>. Dostoievski no deja de expresar su admiración ante la persona, el pensamiento y la actividad de Pobedonóstsev, y se declara abiertamente partidario y admirador suyo.

En el marco de esta amistosa comunidad ideológica y dirección política, Pobedonóstsev provee a Dostoievski de artículos adecuados e incluso material para las novelas. A veces discute tal o cual postulado de *Diario de un escritor*, por lo visto contraponiendo a la unívoca y unilateral tendenciosidad del periodista sus valoraciones más flexibles de político pragmático y de diestro diplomático que percibe el fenómeno en toda su complejidad y ve en un hecho concreto todas sus variadas posibilidades y

<sup>14</sup> Pobedonóstsev K. P., Cartas a Dostoiévskaja A. G. 1904 // OP PГБ. 93.II. 7.98.

<sup>15</sup> Pobedonóstsev K. P., Cartas a Dostoiévskaja A. G. 1906 // OP PГБ. 93.II. 7.98.

<sup>16</sup> Carta del 19 de mayo de 1879. (PSS, 30.1: 67).

<sup>17</sup> En la carta del 19 de mayo de 1880: «He decidido [...] pedirle una palabra de recomendación». (PSS, 30.1: 156).

<sup>18</sup> PSS, 30.1: 156.

<sup>19</sup> Carta del 24 de agosto (5 de septiembre) de 1879. (PSS, 30.1: 122).



consecuencias<sup>20</sup>. En ocasiones, el hombre de Estado interviene también en el papel de crítico literario. Hay que recordar que Pobedonóstsev era reconocido por su entorno más cercano como un importante escritor, un destacado estilista y un conocedor de las literaturas. El diplomático y literato francés Melchior de Vogüé, que conocía personalmente a Pobedonóstsev, lo llamaba «el de Maistre ruso» y afirmaba que ese «Torquemada» se distinguía por su amplia erudición en poesía: resulta que le gustaban particularmente los poetas ingleses Shelley, Swinburne y Browning, que estaban «muy alejados de la ortodoxia»<sup>21</sup>. Posteriormente, los críticos gubernamentales contemporáneos dedicaron incluso investigaciones enteras a la «actividad literaria de K. P. Pobedonóstsev». No es sorprendente que él mismo se considerara llamado a ser consejero y juez de Dostoievski. No carece de interés que las célebres páginas en las que Iván Karamázov desarrolla ante Aliosha el cuadro del martirio infantil encontraran por parte de Pobedonóstsev objeciones puramente literarias. Cierta exacerbación de los horrores y la tensión de los efectos dramáticos en el monólogo de Iván Karamázov suscitan, desde el punto de vista de las leyes de la autolimitación artística, una observación crítica de Pobedonóstsev. En otro pasaje señaló correctamente la irreprochable factura artística de *Crimen y castigo*, donde las escenas más crueles y sangrientas están supeditadas a una rigurosa organización del material. Involuntariamente se recuerda al refinado estilista Tijon, que advierte en «La confesión de Stavroguin» un insuficiente sentido estético del crimen y defectos en el propio estilo del relato<sup>22</sup>. En las conversaciones de Pobedonóstsev con Dostoievski había algo que semejaba los diálogos filosóficos, las disputas o las confesiones de sus últimas novelas.

---

<sup>20</sup> En el mismo *Diario de un escritor* hay varias indicaciones del interés que Pobedonóstsev mostraba por esa revista: «Hace unos días, una de las personas que más respeto y cuya opinión valoro mucho me dijo: “Acabo de leer su artículo sobre el ‘Medio’ y sobre las sentencias de nuestros jurados (*El Ciudadano*, núm. 2). Estoy completamente de acuerdo con usted, pero su artículo puede provocar una desagradable perplejidad”», etc. (*Diario de un escritor*, 1873, IV; PSS, 21: 30). En *Diario de un escritor* de 1876: «A algunos de mis amigos les conté entonces de esta sesión [espiritista]; un hombre cuya opinión valoro mucho, luego de escucharme, me preguntó si tenía la intención de describir ello en el *Diario*. Le respondí que aún no lo sabía. Y de pronto señaló: “No lo haga”. No añadió nada más, y yo no insistí, pero entendí cuál era el sentido: a él, por lo visto, le disgustaría que yo contribuyera del modo que fuere a difundir el espiritismo» (*Diario de un escritor*, 1876, abril, capítulo 2, III; PSS, 22: 127). Así pues, Pobedonóstsev influía también en la elección de los temas del *Diario de un escritor*, imponiendo su veto a tales o cuales cuestiones y proporcionando a Dostoievski materiales de periódicos para que los analizara en su revista mensual.

<sup>21</sup> E. M. de Vogüé: *Les routes*. París, 1910, pág. 136.

<sup>22</sup> Señalamos esta similitud en el estilo de las conversaciones «de Tijon» y de Pobedonóstsev por fuera de cualquier vínculo cronológico: «La confesión de Stavroguin» fue escrita unos ocho años antes de *Los hermanos Karamázov*.

---

III

Poco después de que se conocieron, Pobedonóstsev comenzó a guiar a Dostoievski por el difícil camino de la carrera cortesana. Aunque aún no ocupaba cargos estatales relevantes, ya sabía moverse con habilidad tras los bastidores de la más alta política y gozaba de indudable influencia en la corte del heredero. Eso pronto comenzó a reflejarse también en la biografía del autor de *Los demonios*.

Hay que pensar que Pobedonóstsev, que daba a los zares consejos respecto de sus intereses culturales y de sus vínculos sociales, le dio a Alejandro II la idea de invitar a Dostoievski para que conversara con sus hijos menores. Desde principios de 1878 comenzaron las conversaciones del escritor con los grandes príncipes Serguéi y Pável, que se extendieron también durante los años siguientes. Ya después del primer encuentro Dostoievski juzgó que los grandes príncipes «tenían un buen corazón y una inteligencia fuera de lo corriente»<sup>23</sup> (lo cual, dicho sea de paso, no se vio confirmado por la futura actividad del «héroe de Jodinka»)<sup>24</sup>. Poco tiempo después, Dostoievski, por invitación del hermano del zar, el general-almirante Konstantín Nikoláievich, desempeña el mismo papel con sus hijos Konstantín (futuro «K. R.») y Dmitri.

El valor educativo de esos encuentros se subrayaba por todos los medios desde arriba. El célebre escritor se comprometía a revelar a los grandes príncipes su papel en la historia contemporánea, a guiarlos moralmente y a orientarlos políticamente.

Singular fue la relación con el heredero Aleksandr Aleksándrovich, a quien Dostoievski envió *Los demonios*, *Diario de un escritor* y *Los hermanos Karamázov*. Los dos primeros regalos fueron acompañados por cartas aclaratorias; la última novela se la regaló en persona. La expresión de lealtad al heredero alcanzó su apogeo en 1876, cuando Dostoievski, al pedir permiso para regalar al gran príncipe *Diario de un escritor*, le escribió: «Pensando y soñando para mis adentros desde hace mucho tiempo con la gran dicha de regalar mi humilde trabajo a Su Alteza Imperial, a quien tanto aprecio, por quien tan a menudo tanto rezo, y cuya mínima atención, si tuviera la suerte de despertarla,

---

<sup>23</sup> *Memorias de A. G. Dostoiévskaia*, editadas por L. P. Grossman. Editorial Estatal, Moscú, Leningrado, 1925, pág. 236.

<sup>24</sup> Referencia a la tragedia de Jodinka, producida por una estampida humana en el campo homónimo el 18 de mayo de 1896, durante las celebraciones que siguieron a la coronación del zar Nicolás II. Se acusó al gran príncipe Serguéi Aleksándrovich de negligencia en la organización del evento. La tragedia dejó un saldo de 1389 muertos. (Nota del traductor).

---

valoro como el mayor de los honores y la mayor de las alegrías [...]. Su agradecido, leal e infinitamente afectuoso servidor F. D.»<sup>25</sup>.

El conocimiento personal no se hizo esperar. En una velada privada en la que Dostoievski leyó fragmentos de *Los hermanos Karamázov* estuvo presente la gran princesa María Fiódorovna, que quedó muy impresionada por aquella lectura.

Anna Grigórievna cuenta que en la casa de la condesa Mengden el 22 de diciembre de 1880 a Dostoievski «lo invitaron a pasar a las habitaciones interiores por pedido de la emperatriz<sup>26</sup> María Fiódorovna, que le agradeció por participar y conversó largo rato con él».

Se han conservado testimonios de que, en diciembre de 1880, «Su Alteza» ofreció al escritor una «benévola recepción»: es característico que «Dostoievski, siendo en aquel entonces un monárquico consumado, no deseó seguir la etiqueta cortesana y se condujo en la corte tal como solía hacerlo en los salones de sus amigos. Habló primero, se levantó cuando consideró que la conversación había durado demasiado y, tras despedirse de la zarevna y su marido, abandonó la sala del palacio como si fuera el salón de sus amigos»...<sup>27</sup> Alejandro III no pareció verse afectado por ello y posteriormente hablaba de Dostoievski con suficiente respeto.

Después de esa presentación Dostoievski debía aún traspasar un último peldaño para que su ascenso por la escala de conocidos de la corte quedara concluido: debía conocer al mismísimo zar. Pero un mes después de la recepción del heredero, Dostoievski falleció, y dos meses después falleció Alejandro II. El autor de *Diario de un escritor* partió en el momento más álgido: en medio de actos terroristas, de infructuosos intentos de reformas y de gran confusión del poder supremo, como si hubiera sentido la inevitabilidad de lo que sucedería el 1 de marzo.

En general, el acercamiento de Dostoievski a los círculos gubernamentales adquirió particular relieve en el momento de su muerte. Desde la mañana del 29 de enero, es decir, ya doce o quince horas después del fallecimiento de Dostoievski, el gobierno toma una serie de medidas dirigidas a marcar su participación en el evento. Al pedido de

---

<sup>25</sup> Carta del 16 de noviembre de 1876. (*PSS*, 29.1: 187).

<sup>26</sup> Error de A. G. Dostoiévskaja: María Fiódorovna en aquel entonces aún no era emperatriz. (*Memorias de A. G. Dostoiévskaja*, editadas por L. P. Grossman. Editorial Estatal, Moscú, Leningrado, 1925, pág. 266).

<sup>27</sup> Por lo visto, Grossman cita las memorias de L. F. Dostoiévskaja: «Dostoievski, fervoroso monárquico en aquel período de su vida, no quiso someterse a la etiqueta de la corte y se condujo allí como solía hacerlo en los salones de sus amigos. Habló primero, se levantó cuando le pareció que la conversación se había extendido demasiado y, tras despedirse de la Zesariévna y su marido, abandonó la habitación como lo hacía siempre, dando la espalda» (L. F. Dostoiévskaja: *Dostoievski según el retrato de su hija*. Ed. Andréiev e hijos, San Petersburgo, 1992, pág. 181). (Nota del traductor).

informes de K. P. Podedonóstsev, el heredero responde: «El conde Lorís-Miélikov ya ha informado esta mañana a su Majestad sobre lo ocurrido y ha pedido permiso para ayudar materialmente a la familia Dostoievski»<sup>28</sup>. En la mañana del 29 de enero la viuda del escritor recibe de parte del ministro del Interior una suma de dinero para los funerales y le comunican que los hijos de Dostoievski recibirían educación a cuenta del erario público. Al día siguiente, el ministro de Finanzas le informa a A. G. Dostoiévskaja que su Majestad le ha asignado una pensión por viudez de dos mil rublos. «El zar ruso – señalaba enternecido *Tiempo Nuevo*– se coloca a la cabeza del homenaje que se le rinde al escritor ruso»<sup>29</sup>. A la misa de difuntos asistieron el mayordomo N. S. Abazá, el edecán y conde N. F. Heyden y el gran príncipe Dmitri Konstantínovich. La princesa Oldenbúrgskaia mandó colocar una corona; la gran princesa Aleksandra Iósifovna le envió a la viuda una sentida carta.

Desde el extranjero llegaron telegramas de condolencias de parte de Serguéi, Pável y Konstantín. El ministro de Instrucción Popular, junto con el procurador general del Sínodo, marcharon detrás del ataúd del escritor.

Por tanto, el momento de la muerte de Dostoievski parece suscitar una demostración de benevolencia hacia él de parte de la dinastía real, que juzgó necesario responder al deceso del escritor en la persona del propio zar, de sus ministros, de sus hijos y sobrinos.

La tutoría de los menores Dostoievski la asume el «preceptor del zar», el propio K. P. Podedonóstsev<sup>30</sup>.

La prensa oficial reflejó íntegramente el modo en que las «altas esferas» abordaron el evento. Los órganos de derecha dedicaron una atención exclusiva a la muerte de Dostoievski, convirtiendo las necrológicas y los artículos conmemorativos en un auténtico ditirambo al «patriota» fallecido. Sólo en unas pocas valoraciones del difunto

---

<sup>28</sup> K. P. Podedonóstsev y sus correspondientes. Editorial Estatal, Moscú, San Petersburgo, 1923.

<sup>29</sup> *Tiempo Nuevo* (31 de enero de 1881), núm. 1770, pág. 1.

<sup>30</sup> En el archivo de A. G. Dostoiévskaja se conserva la siguiente nota: «K. P. Podedonóstsev era tutor de los menores Dostoievski, el hijo y la hija de F. M. Dostoievski. Como tutor, revisaba las cuentas de la editora de las *Obras completas* de Fiódor Mijáilovich, publicadas por su viuda Anna Grigórievna Dostoiévskaja, y en primavera ella, antes de partir de Petersburgo, le entregaba un recibo con los ingresos correspondientes a la edición. Esos recibos Konstantín Petróvich los guardaba en un sobre con su sello y los colocaba en la caja fuerte del Santo Sínodo con derecho a que yo retirara el sobre en cualquier momento. Este sobre data del 26 de mayo de 1885. Anna Dostoiévskaja, viuda de Fiódor Mijáilovich». Esta nota se adjunta a un sobre con la inscripción (de puño y letra de A. G. Dostoiévskaja): «Treinta y dos recibos del Banco Estatal por diversos títulos equivalentes a una suma de sesenta y nueve mil quinientos rublos (valor nominal), pertenecientes a la caja por la edición de las *Obras completas* de F. M. Dostoievski, 25 de mayo de 1885». Debajo, una inscripción de K. P. Podedonóstsev: «Solicito guardar hasta el otoño y devolver a mí o a Anna Grigórievna Dostoiévskaja. K. Podedonóstsev. 26 de mayo de 1885».

---

sonaban notas veraces de profundo reconocimiento al gran artista junto con una mirada crítica sobre su prédica política. Reproduciremos una de ellas, como la voz de un juicio lúcido en medio del coro habitual de elogios convencionales y de rigor.

«El apasionado odio a las mejores ideas de nuestro tiempo que tan a menudo se manifestaba en las obras de Dostoievski no despierta en nosotros un sentimiento de ofensa. Dostoievski, por su profunda naturaleza, no podía sentir de otra manera. Creía con pasión en su objeto de fe, se entregaba entero a sus ideas; lo que no reconocía, a menudo lo odiaba. Era consecuente y, cuando emprendía un camino determinado, sólo podía volverse después de una penosa y tenaz batalla y de una quiebra moral»...<sup>31</sup>

Pero Dostoievski no había atravesado una crisis interna semejante en los años 1870. Adoptando abiertamente la lucha, a principios de esa década, contra las corrientes «europeizantes» del pensamiento ruso, ya no depuso hasta el final las armas, no cedió posiciones y no regresó a las ideas políticas y a las creencias sociales de su juventud «fourierista»<sup>32</sup>.

#### IV

Tal era básicamente el entorno humano que rodeaba a Dostoievski al final de su vida.

El mundo de los «jueces y poderosos» al que en su juventud había lanzado las furiosas invectivas del salmo de Derzhavin se convirtió en su mundo. Ingresó en ese círculo y se convirtió en uno de sus mayores pilares.

---

<sup>31</sup> *El Rumor*, 1881, núm. 31.

<sup>32</sup> Tras renunciar a la redacción de *El Ciudadano* en abril de 1874, Dostoievski siguió colaborando con la revista casi hasta su misma muerte. Su participación se reflejaba sobre todo en la sección del folletín semanal «Última Página», que era editado colectivamente por el propio Mesherski, Dostoievski, Poretski y, probablemente, Putsikóvich. Uno de esos folletines («De los paseos veraniegos de Kuzmá Prutkov»), publicado en *El Ciudadano* en 1878, era conocido desde hacía mucho tiempo y se lo incluía invariablemente en todas las *Obras completas* póstumas de Dostoievski. Otro folletín de Dostoievski en la misma sección («Sobre la peste de Vetlianka y la constitución») fue señalado por el editor de *El Ciudadano*, V. F. Putsikóvich, en *La Hoja de Berlín*, 1906, núm. 2; ese folletín, en efecto, fue publicado en «Última Página» de *El Ciudadano*, 1879, núms. 2-3. En el tercer folletín de esa misma serie (*El Ciudadano*, 1877, núm. 2) hallamos coincidencias casi literales con *Diario de un escritor*, 1876, diciembre, respecto de la participación de Dostoievski en la revista *La Luz* del profesor N. P. Wagner. Partiendo de esos tres folletines de «Última Página» y recurriendo a toda la serie (110 folletines), encontramos a cada paso temas, cuestiones y nombres sumamente característicos de la labor periodística de Dostoievski. Una serie de hechos es muy demostrativa también en sentido autobiográfico. Hay coincidencias literarias y puramente estilísticas (personajes, diálogos, descripciones, citas, construcciones sintácticas y entonacionales de las frases). No cabe duda de que Dostoievski es el autor de una parte de los folletines de «Última Página». Eso parcialmente lo confirma también la correspondencia privada de Dostoievski. Por ejemplo, V. F. Putsikóvich le informa que «Katkov está encantado con los números de verano de *El Ciudadano*, y también está satisfecho con «Última Página». Muy importante es asimismo la disposición expresa de Dostoievski a colaborar en *El Ciudadano Ruso* de Berlín, de Putsikóvich, en 1879. Hemos enviado un artículo detallado sobre estos «folletines desconocidos de Dostoievski» a la redacción de las antologías de *Eslabones*.

---

Hay que reconocer que el monarquismo ruso, en el ocaso del reinado de Alejandro II, realizó una grandiosa adquisición ideológica al conquistar para su causa la pluma de Dostoievski. Y lo hizo con suma habilidad, sin convertir a Dostoievski en editor de un periódico oficioso y dejándole en apariencia una independencia literaria que garantizaba –lo que era muy necesario a los círculos dirigentes– la popularidad del escritor en los amplios círculos de la joven generación<sup>33</sup>. A diferencia de los periodistas de opinión oficiales como Katkov o Mesherski, Dostoievski conservó hasta el fin una posición más libre de esclavófilo de derecha que idealizaba filosóficamente el zarismo y la ortodoxia. Su labor periodística reaccionaria de los años 1870 no excedió en general los límites de una exposición independiente de su filosofía estatal y, por suerte para su memoria, no se convirtió en un arma oficial del sistema imperial ruso. En este sentido, en él solamente depositaban esperanzas, lo iban preparando poco a poco para su misión futura y sólo en parte lo ponían a prueba para ella, dirigiendo cuidadosamente su pluma de periodista y recordándole todo el tiempo que su actividad era benévolamente seguida por personas encumbradas y sus íntimos allegados. Y si Dostoievski al final de su vida no se convirtió en un escritor de la corte, algunas páginas de sus apuntes sociales fueron preparadas en los círculos oficiales e inspiradas por sus líderes.

He ahí por qué la posición política de Dostoievski en los años 1870 reviste de gran interés, ya que arroja luz sobre la mecánica gubernamental en las altas esferas a fines del reinado de Alejandro II y, a la vez, ilumina las líneas de pensamiento y las fuentes temáticas del belicoso autor de *Diario de un escritor*.

---

<sup>33</sup> Sobre ese reconocimiento del que gozaba entre los jóvenes contemporáneos Dostoievski escribió a Pobedonóstsev el 13 de septiembre de 1879: «Mi situación literaria (nunca le he hablado de esto) la considero casi fenomenal: ¿cómo un hombre que escribe sin cesar en contra de los principios europeos, que se ha visto comprometido para siempre con *Los demonios*, es decir, que ha sido acusado de retrógrado y oscurantista, cómo ese hombre, más allá de todas las revistas, periódicos y críticos europeizantes, es sin embargo reconocido por nuestra juventud, por esa misma vacilante juventud, por los nihilistas, etc.? Ellos mismos me lo han hecho saber en distintas partes, mediante declaraciones individuales y de corporaciones enteras. Me han dicho que sólo de mí esperan una palabra sincera y simpática y que sólo a mí me consideran su escritor-guía. Esas declaraciones de la juventud son conocidas por nuestros hombres de letras, bandidos de la pluma y estafadores de la prensa, y están estupefactos por ello, de lo contrario ¡bien que me dejarían escribir con libertad! Me devorarían como perros, pero temen y, perplejos, observan qué pasará» (Dostoievski y Pobedonóstsev: *Cartas de F. M. Dostoievski*, véase N. Biélchikov: *El Archivo Rojo*, 1922, tomo 2, págs. 240-255; la cita corresponde a la página 246). Sobre ese reconocimiento del que Dostoievski gozaba entre los jóvenes Pobedonóstsev escribió al heredero el 29 de enero de 1881: «Su muerte es una gran pérdida para Rusia. En el ambiente de los escritores, él era prácticamente el único ardiente predicador de los principios básicos de la fe, la identidad nacional, el amor a la patria. Nuestra desdichada juventud, perdida como ovejas sin pastor, depositaba su confianza en él, y su acción era muy grande y benéfica. Ahora no hay quien lo sustituya...». (*Cartas de Pobedonóstsev a Alejandro III*, en 2 tomos, Moscú, 1926, tomo 1, pág. 310).

---

Sin llegar a convertir su revista unipersonal en un órgano oficioso, Dostoievski en esa época interviene como un activo periodista de opinión reaccionario.

Para el último período de la biografía de Dostoievski hay que prescindir de la noción habitual de que en él el reaccionario convivía con el revolucionario, y que su labor periodística desprendía a la vez el color rojo y el negro. Esta opinión, como es sabido, fue expresada por D. S. Merezhkovski en su artículo «El profeta de la revolución rusa», en el cual, por otra parte, se hacía referencia sólo a la revolución de 1905: «Dostoievski es el profeta de la revolución rusa –escribió Merezhkovski–, pero, tal como suele suceder con los profetas, para él permanecía oculto el verdadero sentido de sus propias profecías [...] *Él era la revolución con máscara de reacción*»<sup>34</sup>. El artículo de Merezhkovski constituía un tipo de estudio subjetivo muy moderno en aquellos años, construido sobre la base de postulados que reflejaban la concepción personal del autor, pero no apoyado en un sistema objetivo de pruebas. Sin embargo, el pensamiento de Merezhkovski, expresado de un modo emotivo e impresionista, fue cultivado también por los investigadores ulteriores, quienes, dicho sea de paso, no sustentaron esa paradójica tesis con una argumentación documental suficiente<sup>35</sup>.

Por otro lado, la conformación de la posición política de Dostoievski en los años 1870 tiene un interés primordial para su biografía, para la historia de su creación y para el estudio del pensamiento literario, social y periodístico ruso de aquella década. Constituye un tema importante y de gran responsabilidad que exige del investigador, ante todo, pruebas empíricas y sustento documental de las conclusiones. En este caso, recurrir a las fuentes derriba inevitablemente todas las teorías sugestivas y engañosas sobre el carácter disimuladamente revolucionario del anciano novelista. Al Dostoievski-víctima y al Dostoievski-conspirador conviene dejarlo definitivamente de lado cuando se aborda el último decenio de su vida. No hay datos sobre ello, y Dostoievski no necesita ser embellecido. Tratemos, por respeto a su fisonomía artística, establecer con la mayor precisión posible la última etapa de su evolución política.

---

<sup>34</sup> Merezhkovski, D. S.: *El profeta de la revolución rusa*. Ed. M. V. Pirozhkov, Moscú, 1906, págs. 3-4.

<sup>35</sup> Consideramos correcta la conclusión principal de A. G. Tseitlin en su artículo «Dostoievski y la revolución»: «Dostoievski finaliza su trayectoria artística y vital en la extrema derecha de la sociedad de entonces [...] Es profundamente errónea la opinión de que Dostoievski era revolucionario y reaccionario al mismo tiempo, de que era un escritor separado por un profundo abismo de los reaccionarios de los años 1860, de que fue un profeta de la revolución que nos toca vivir a nosotros. A Avséienko, Krestovski, Leskov y Dostoievski los unía (o desunía) el odio a la revolución, que sólo en el último de ellos adquiría una expresión mucho más aguda y artística» (Tseitlin A. G.: «Dostoievski y la revolución», en *La Gaceta Literaria*, núm. 8 (107), 9 de febrero de 1931, pág. 2).

---

Partiendo de un singular «socialismo cristiano» en los años 1840, Dostoievski intentó posteriormente diferenciar rigurosamente esos dos principios de su credo temprano y vencer al primero con el segundo. «En efecto, es verdad que el incipiente socialismo se equiparaba entonces, incluso por algunos de sus cabecillas, con el cristianismo –escribe en *Diario de un escritor*–, y que se lo tomaba por una mera enmienda y mejoramiento de este último, en función de la época y la civilización. Todas esas nuevas ideas de entonces a nosotros en Petersburgo nos gustaban horrores, nos parecían sumamente santas y morales, y, lo principal, universales, la ley futura de toda la humanidad sin excepción. Ya antes de la revolución de París de 1848 estábamos cautivados por el fascinante influjo de esas ideas»<sup>36</sup>.

Dostoievski también había sido de joven un adepto de ese «incipiente socialismo» que treinta años después se le figuraba «rosa y paradisiacamente moral». Sólo que ahora, en el declinar de su vida, reconoce que ese bondadoso idilio era en esencia un «delirio ilusorio» y preparaba a la humanidad «las tinieblas y el horror en forma de renovación y resurrección». Ahora el «socialismo cristiano», que lo había cautivado a fines de los años 1840, le parece el más grande de los peligros y la tentación más fatídica precisamente porque, acunando el pensamiento con los ideales humanistas habituales, conduce al ateísmo y la sangre.

Un personaje de *Los hermanos Karamázov* advierte que entre los revolucionarios hay varias personas singulares: «Cristianos y creyentes en Dios, pero al mismo tiempo socialistas [...] ¡Qué gente extraña! Un socialista cristiano es más terrible que un socialista ateo».<sup>37</sup>

Difícil no ver en esas palabras de Dostoievski una condena de su propio credo político de los años 1840.

Los defensores de la teoría de las corrientes revolucionarias en la creación del último Dostoievski suelen indicar *Sueño de un hombre ridículo* como prueba de que el escritor seguía siendo socialista también en la última etapa de su vida.

Sin embargo, *Sueño de un hombre ridículo* es uno de los últimos intentos de Dostoievski de desenmascarar a los «utopistas», a los «teóricos de la felicidad universal», a los «organizadores de la humanidad». El cuento guarda fuertes consonancias con *Memorias del subsuelo*. *Sueño de un hombre ridículo* es la negación del socialismo en tanto utopía dañina, como sueño fatídico, y proclama la necesidad de que la humanidad

---

<sup>36</sup> PSS, 21: 130–131.

<sup>37</sup> PSS, 14: 62.



---

se reúna únicamente sobre la base de la ética evangélica. En el estilo de su última doctrina, Dostoievski llama allí a una unión no basada en la ciencia y en la igualdad, sino sólo en la iglesia y el cristianismo. El capítulo central del relato es una nueva sátira de Dostoievski contra el socialismo utópico. Los hombres inocentes y felices de la «época dorada» son corrompidos por un «ruso progresista de nuestros tiempos y abominable petersburgués»<sup>38</sup>. Precisamente él, ese progresista contemporáneo, inicia a los hombres perfectos y bienaventurados en el corrosivo conocimiento, en la mentira, en la voluptuosidad, en el derramamiento de sangre.

«Cuando se volvieron malvados, comenzaron a hablar de la fraternidad y del humanismo y comprendieron esas ideas. Cuando se volvieron criminales, inventaron la justicia y se prescribieron a sí mismos códigos enteros para protegerla, y para preservar los códigos impusieron la guillotina». Tras perder la felicidad, empezaron a venerar la idea de la felicidad universal y a pensar: ¡si pudiéramos volver a unirnos de tal modo que cada cual, sin dejar de amarse a sí mismo más que a todos, no molestara a la vez a nadie más, y vivir por tanto todos juntos como en una sociedad armoniosa! «Guerras enteras se desataron a causa de esa idea. Todos los beligerantes creían firmemente a la vez que la ciencia, la sabiduría y el sentimiento de autoconservación harían por fin que los hombres se unieran en una sociedad armoniosa y racional, y por esa razón, mientras tanto, para acelerar el asunto, los “sabios” procuraban aniquilar cuanto antes a todos los “no sabios” y a quienes no comprendían su idea para que éstos no impidieran su triunfo. Pero el sentimiento de autoconservación comenzó pronto a debilitarse, aparecieron orgullosos y voluptuosos que directamente exigían todo o nada»<sup>39</sup>.

Así se refractan en la visión del hombre ridículo las reminiscencias de los tempranos arrebatos de Dostoievski por el fourierismo y doctrinas afines.

Dostoievski no cree en el paraíso terrenal del socialismo y lo declara abiertamente por boca de su personaje («...que el paraíso no exista (¡porque eso ya sí lo comprendo!)»<sup>40</sup>, mientras que la salida de la vía muerta de la historia la ve ahora sólo en un cristianismo depurado de todo socialismo: «Lo esencial es que ames a los otros como a ti mismo; eso es lo esencial, y eso es todo, no hace falta absolutamente nada más: enseguida hallarás cómo realizarlo»<sup>41</sup>. Con esa enseñanza finaliza el relato sobre la

---

<sup>38</sup> PSS, 25: 113.

<sup>39</sup> PSS, 25: 116–117.

<sup>40</sup> PSS, 25: 118–119.

<sup>41</sup> PSS, 25: 119.

---

dichosa humanidad que ha perdido su dicha. Pronto, en *Los hermanos Karamázov*, ese principio de la ética cristiana cobrará forma en la precisa formulación de la teocracia: «La iglesia debe contener en su seno todo el Estado»<sup>42</sup>. Así pues, en la última etapa de la concepción del mundo de Dostoievski, el cristianismo, que alguna vez se había unido ilegítimamente a la doctrina de los teóricos-utopistas, es definitivamente depurado de toda mezcla de socialismo. La última novela de Dostoievski anuncia esa victoria completa del ideal teocrático sobre su temprana concepción utópica del mundo.

## V

Ni por su composición ni por sus tendencias *Los hermanos Karamázov* puede considerarse la mejor creación de Dostoievski, aunque en algunas de sus páginas la maestría del novelista se manifieste con toda fuerza. Pero el gran maestro de la novela Dostoievski no puede ser considerado en modo alguno infalible. Por el contrario, el rasgo más característico de su don es el derecho al error, que le otorga libertad, naturalidad y vehemencia a su discurso artístico. Su última novela, a pesar de sus excepcionales picos creativos, no está libre de fallos tanto en el plano ideológico como en el artístico. El estudio del escritor no puede ignorar y omitir esos aspectos de su creación, que a menudo revelan los fundamentos mismos de su prédica. El análisis de una obra de arte no se agota en panegíricos en su homenaje, sino que requiere un minucioso examen de toda la obra, sin excluir del campo de visión sus tejidos patológicos. No nos proponemos detectar los errores de un gran artista, sino sólo iluminar la verdadera naturaleza de su última creación para una correcta comprensión del drama creativo y conceptual del último Dostoievski.

La vasta, compleja y multifacética novela sobre los Karamázov dista de ser pareja en sus partes y componentes. La inusual agudeza de las caracterizaciones, la tensa tragicidad de las pasiones y vicios representados, la refinada dialéctica de las conversaciones y discusiones, la genial crítica teológica en el poema del Gran Inquisidor, todo eso nos oculta la naturaleza política de la novela. Sin embargo, por su tendencia principal, la última obra de Dostoievski se distingue poco de *Los demonios*, y en algunos aspectos incluso la supera por el carácter sombrío y desolador de su acerba acusación. Las cuestiones del Estado y la iglesia, de los tribunales y la prensa, de la escuela y las nacionalidades; en una palabra, casi todos los problemas fundamentales de la vida interior

---

<sup>42</sup> PSS, 14: 56.

---

de la autocrática Rusia aquí se resuelven en rigurosa consonancia con el programa oficial y a menudo se encarnan en las tradicionales máscaras de los novelistas-acusadores de *El Mensajero Ruso*. Para una comprensión correcta de *Los hermanos Karamázov* es menester adentrarse en ese fundamento político de toda la obra y percibir, detrás de la palpitante trama criminal, de las imágenes de excepcional fuerza y vitalidad, de las prédicas de un corazón ardiente y de la rebelión de una conciencia indignada, las ideas y tendencias de ese círculo gubernamental con el que Dostoievski mantenía un trato constante en la época en que escribió su última epopeya.

En las cartas que adjuntaba a los manuscritos de la novela que enviaba a la redacción de *El Mensajero Ruso*, Dostoievski revela exhaustivamente las pretensiones propagandísticas de su epopeya: a la rebeldía de Iván Karamázov la llama «síntesis del actual anarquismo ruso» (es decir, de la revolución): «Un *negador* de nuestros días, de los más furiosos, se declara a favor de lo que aconseja el diablo, y afirma que eso garantiza mejor que Cristo la felicidad de los hombres. A nuestro socialismo ruso, estúpido pero terrible (porque arrastra a la juventud), se le ha dado una *indicación*, al parecer enérgica: el pan, la Torre de Babel (es decir, el futuro reino del socialismo) y la completa esclavización de la libertad de conciencia: he aquí a lo que llega el desesperado ateo y negador. La diferencia estriba en que nuestros socialistas (que no consisten sólo en nihilistas clandestinos, usted ya lo sabe) son jesuitas y mentirosos a conciencia que no reconocen que su ideal es el ideal de la violencia sobre la conciencia humana y de la degradación de la humanidad a la categoría de ganado, mientras que mi socialista (Iván Karamázov) es un hombre sincero que reconoce sin ambages que está de acuerdo con la opinión que el “Gran Inquisidor” tiene de los hombres, y que la fe de Cristo (al parecer) elevó al hombre mucho más allá de lo que vale en realidad. La cuestión se plantea negro sobre blanco: “Ustedes, futuros salvadores de la humanidad, ¿la desprecian o la respetan?”»<sup>43</sup>.

En una de esas cartas, Dostoievski declara abiertamente que su cometido con *Los hermanos Karamázov* (la aniquilación del anarquismo) lo considera una «hazaña civil».

Tratemos de seguir las etapas fundamentales de la labor periodística de Dostoievski en su última crónica.

En la época de Alejandro II, uno de los problemas más delicados de la política interior eran los nuevos tribunales, motivo de constante alarma del gobierno por las

---

<sup>43</sup> Carta a N. A. Liubímov del 11 de junio de 1879 (*PSS*, 30.1: 68).

---

formas demasiado libres de exposición de las partes y el principio inglés de los juicios públicos. En la célebre asamblea de los altos dignatarios estatales del 8 de marzo de 1881, que determinó el rumbo de toda la política interior de Alejandro III, Pobedonóstsev, en su discurso programático, en el que hizo un balance poco consolador del reinado recientemente finalizado, estigmatizó, entre otras cosas, las nuevas instituciones judiciales, esas «jaulas de cotorras de los abogados gracias a las cuales los más terribles crímenes, los asesinatos más flagrantes y otras graves fechorías quedan impunes»<sup>44</sup>. Ése era el punto de vista característico de un reaccionario de los años 1870 que exigía revisar las reformas del comienzo del reinado y que, en particular, atacaba furiosamente el juicio por jurados como cierta forma de gestión popular en el cumplimiento de las obligaciones del Estado.

Ese punto de vista también lo fue asimilando poco a poco Dostoievski. Partidario de la reforma judicial de principios de la década de 1860, en los años 1870 interviene como resuelto opositor de los jurados y de los juicios públicos. Ya en el núm. 2 de *El Ciudadano* de 1873 se manifiesta en contra de la institución de los jurados (que en apariencia experimentan una «sensación de despotismo» y están obsesionados con la «manía de justificar») y desacredita la actividad de los abogados («miente en contra de su conciencia», etc.)<sup>45</sup>. Sobre ese tema vuelve en *Diario de un escritor* de 1876, al criticar la intervención de Spasóvich («la joven escuela de habilidad mental y resecamiento del corazón»)<sup>46</sup>, etc.

Hacia el fin de su vida, Dostoievski logró formular también artísticamente esa crítica de los tribunales rusos. En el libro final de la novela, en la descripción del juicio de Míteñka Karamázov, Dostoievski despliega hasta en los menores detalles un cuadro irónico del proceso jurídico según el reglamento judicial de 1864. Además, no sigue el camino fácil de representar fenómenos a todas luces negativos que pasan por su monstruosidad o atraso. Todo aparece de manera ejemplar. Se muestra el mecanismo como de cierto tribunal perfecto. Un abogado notable que asombra por su inteligencia, erudición y elocuencia; su digno adversario en la persona de un fiscal talentoso; un presidente del tribunal instruido y humano, hombre «de las ideas más modernas»<sup>47</sup>; un peritaje médico atento y esmerado, predispuesto íntegramente a favor del acusado; un

---

<sup>44</sup> Diario de E. A. Peretz, secretario de Estado, 1880-1883. Moscú, Leningrado, 1927, págs. 39-40.

<sup>45</sup> PSS, 21: 13, 23.

<sup>46</sup> PSS, 22: 73.

<sup>47</sup> PSS, 15: 91.

---

refinado sistema de instrucción judicial, brillante por el ingenio y la agudeza de los procedimientos; por último, la atención pública de toda Rusia concentrada en el proceso, lo que eleva de muchas maneras la calidad de ese torneo de talentos. Y, como resultado de ello, no sólo el crimen queda irresuelto, sino que toda esa complejísima maquinaria de un procedimiento judicial perfeccionado lleva a un error absurdo y trágico: declaran culpable de parricidio a un hombre inocente, lo privan de la «menor benevolencia» y lo condenan a veinte años de trabajos forzados. ¿Cómo sucedió eso? ¿Quién tiene la culpa?

La respuesta de Dostoievski es absolutamente precisa: la culpa de todo la tiene el juicio por jurados. La efectista casuística del abogado, de ese «adúltero del pensamiento»<sup>48</sup>, para el que todo fenómeno es un arma de doble filo. Pero lo principal es el instinto mismo de los jurados elegidos entre la población, la intromisión de representantes poco instruidos de la sociedad en una función que le corresponde al Estado y la iglesia: la de juzgar y castigar a los culpables. ¿Quién juzgó a Mitia Karamázov? Cuatro funcionarios pequeños, dos mercaderes y seis campesinos y artesanos de la ciudad. «¿Acaso un asunto tan delicado, complejo y psicológico puede ser confiado a la fatídica resolución de tales jueces?»; el propio Dostoievski comparte por entero la inquieta perplejidad del público ante el proceso de Karamázov.

Unos miembros ocasionales de la población, no preparados para los asuntos públicos, desempeñan las funciones supremas y más importantes del poder estatal. Todo lo que pueden hacer es «acabar con nuestro Míteñka»<sup>49</sup> en lugar de pronunciar la «inevitable» sentencia absolutoria que todos esperan. Involuntariamente acuden a la memoria las palabras de Pobedonóstsev acerca de que el tribunal engendra una «multitud de abogados a quienes el amor propio y la codicia los ayudan por sí mismos a alcanzar rápidamente un progreso notable en el arte de la sofística y la logomaquia para influir en la masa»; en el jurado «interviene un abigarrado y variopinto ganado [...] reunido por casualidad o artificialmente de entre la masa, que carece de la conciencia del deber del juez y de la capacidad de asimilar un conjunto de hechos que requieren análisis y evaluación lógica»<sup>50</sup>.

Hay que recordar que en la época en que Dostoievski escribía la novela la cuestión del juicio público era particularmente acuciante: Vera Zasúlich acababa de ser absuelta

---

<sup>48</sup> PSS, 15: 167.

<sup>49</sup> PSS, 15: 178.

<sup>50</sup> Pobedonóstsev K. P.: *El juicio por jurados*, en Pobedonóstsev, K. P.: *Antología Moscovita*. Tipografía Sinodal, Moscú, 1901, pág. 66.

---

por los jurados y los casos políticos habían sido sustraídos a la incumbencia de los juicios por jurados. El caso Karamázov –sólo que en sentido inverso– tuvo lugar durante el célebre proceso político de 1878: a pesar de la inevitable sentencia acusatoria preparada minuciosamente por el gobierno, los jurados absolvieron a la terrorista. La prensa de derecha consideró la sentencia absolutoria de Vera Zasúlich un «caso monstruoso» y los órganos de Katkov y Mesherski lanzaron una furiosa campaña contra los juicios por jurados. En el proceso de Míteñka Karamázov, Dostoievski refleja ese enfoque de la prensa oficial contra los juicios públicos.

No es difícil advertir que, en la descripción de los tribunales posteriores a la reforma, Dostoievski, presente entre los representantes de la prensa en el examen del caso Vera Zasúlich el 31 de marzo de 1878, se valió de una serie de detalles cotidianos del renombrado proceso. El caso de Dmitri Karamázov también «tuvo resonancia en toda Rusia», «conmociónó a todos y cada uno»: al juicio asistieron «varios altos dignatarios», «venerables ancianos con estrellas colgadas en el frac»<sup>51</sup> (en el juicio a Zasúlich estuvieron presentes el canciller Gorchakov, el secretario de Estado Solski, A. G. Stróganov, A. A. Abazá, el senador Artsimóvich, el gobernador de Petersburgo y varios miembros del Consejo Estatal). Aquí, por lo demás, la semejanza con la realidad podría haber suscitado algunas objeciones: es perfectamente comprensible la presencia de altos dignatarios en un tribunal capitalino para examinar un caso político de atentado contra el gobernador de Petersburgo, pero, ¿cómo habrían de asistir a la perdida ciudad de Skotoprigónievsk para examinar un caso penal particular?

También se asemejan a las circunstancias del proceso de 1878 otros rasgos de la descripción de Dostoievski. «Había en especial muchas damas»<sup>52</sup> (en las memorias de A. F. Koni se conserva el largo listado de mujeres de las altas esferas de Petersburgo que habían obtenido un pase para asistir al proceso), y una gran cantidad de juristas. El presidente del tribunal en el caso Karamázov –un «hombre instruido, humano, con conocimientos prácticos del asunto y de las ideas más modernas», poseedor de contactos y de una fortuna, interesado en el caso en tanto «producto de nuestros fundamentos sociales»<sup>53</sup>, pero bastante indiferente hacia la tragedia personal de sus participantes– recuerda mucho al presidente del tribunal en el caso de Zasúlich, A. F. Koni. El patológicamente susceptible fiscal de Míteñka, «nuestro Ippolit Kirílovich, tan lleno de

---

<sup>51</sup> PSS, 15: 89-90 y 171.

<sup>52</sup> PSS, 15: 90.

<sup>53</sup> PSS, 15: 91-92.

amor propio, que ha pronunciado un discurso inteligente y juicioso»<sup>54</sup>, es probable que esté inspirado en el acusador de Vera Zasúlich. Por las memorias de Koni sabemos que el vicefiscal Kessel era una persona sombría y recalcitrante que se distinguía por un amor propio patológico<sup>55</sup>. Su discurso lo preparó con tacto y habilidad. El defensor Aleksándrov comenzó elogiando «el noble y comedido discurso del vicefiscal» y declaró que estaba de acuerdo «con mucho de lo que él había expresado»<sup>56</sup>.

Más manifiestos aún son los rasgos del defensor de Vera Zasúlich, Aleksándrov, en la persona del abogado del caso Karamázov, Fetiukóvich<sup>57</sup>. Su notable facilidad de palabra, su lengua literaria, su eximia elocuencia que deja estupefactos a los asistentes: todo eso es tan característico del defensor de Míteñka como algunos pasajes del discurso de Aleksándrov: «El tribunal tuvo razón, fue un eco del tribunal divino, que contempla no sólo el aspecto exterior de las acciones, sino también su sentido interior»<sup>58</sup>; «ahora, por relatos fragmentarios, por conjeturas, por alusiones, no es difícil imaginarse el verdadero cuadro de la ejecución»<sup>59</sup>. Su discurso causó una impresión excepcional y fue unánimemente reconocido como brillante. «Aleksándrov –dice uno de los testigos– era inimitable. Ora se enroscaba como una serpiente e introducía su mortífero veneno en las heridas que provocaba, ora se alzaba como un águila y de arriba abajo asestaba a su presa golpes irresistibles...»<sup>60</sup>. Todos esos artificios están captados en el retrato de Fetiukóvich: «No dejaba de algún modo de retorcer la espalda»<sup>61</sup>; en la primera mitad del discurso, crítica y sarcasmo; en la segunda, un patetismo sublime que hacía que la sala se estremeciera de entusiasmo. También se reproduce literalmente la intervención de Koni y los aplausos del público dirigidos a Aleksándrov, que pintó con colores brillantes el cuadro de la ejecución (en la novela: «El presidente, tras oír los aplausos, amenazó en voz alta mandar vaciar la sala del juzgado»)<sup>62</sup>.

---

<sup>54</sup> PSS, 15: 91.

<sup>55</sup> A. F. Koni: *Recuerdos sobre el caso Vera Zúlich*. Editorial Academia, Moscú, 1933, pág. 87.

<sup>56</sup> *Ibid.*, pág. 160.

<sup>57</sup> Hemos señalado en su momento que el prototipo de Fetiukóvich pudo ser también V. D. Spasóvich, sobre quien Dostoievski escribió en más de una ocasión en *Diario de un escritor*. Hoy creemos que en primer lugar cabe poner a Aleksándrov, puesto que, por lo demás, la multiplicidad de prototipos para un solo personaje literario es un fenómeno frecuente en la creación de Dostoievski.

<sup>58</sup> A. F. Koni: *Recuerdos sobre el caso Vera Zúlich*. Editorial Academia, Moscú, 1933, pág. 192.

<sup>59</sup> *Ibid.*, pág. 179.

<sup>60</sup> *Ibid.*, pág. 521. Cf. también D. M. Gerzenstein: «Hace treinta años», *El Pasado*, 1907, núm. 6, págs. 250-255.

<sup>61</sup> PSS, 15: 151.

<sup>62</sup> PSS, 15: 167.

---

La condena del juicio europeo-liberal por jurados en los últimos capítulos de *Los hermanos Karamázov* se realiza en nombre del postulado expresado en el comienzo de la novela: «El juicio de la iglesia es el único que contiene la verdad»<sup>63</sup>. Es característico que el filósofo de la novela, Iván Karamázov, publique en la prensa un artículo sobre el juicio eclesiástico-público. Dostoievski toca al respecto uno de los temas principales de la prédica reaccionaria de la época.

Pobedonóstsev consideraba que la piedra angular de su programa era la cuestión de la iglesia y el Estado. La lucha por esos principios la tenía como el fenómeno más notable de su tiempo, y afirmaba que «la Iglesia, en tanto comunidad de creyentes, no separa ni puede separarse del Estado en tanto comunidad aglutinada en una unión civil»<sup>64</sup>. Iván Karamázov desarrolla un postulado análogo, en el cual Dostoievski se aproxima a Pobedonóstsev y Tierti Filíppov: «La iglesia debe contener en su seno todo el Estado y no ocupar en él tan sólo un rincón»<sup>65</sup>. Los monjes en la novela afirman que no serán ni Roma ni Lutero, sino la ortodoxia la que convertirá el Estado en iglesia. En el marco de esas consideraciones, en la novela se introduce un episodio que motivó un capítulo entero de *Diario de un escritor* muy elogiado por Pobedonóstsev: el del soldado ruso Fomá Danílov, asesinado por los asiáticos por negarse a convertirse al islam; sobre ese tema, como es sabido, desarrolla su escéptica «controversia» Smerdiakov.

En cualquier caso, Dostoievski, cuando finalizaba la novela, le pide a Pobedonóstsev en una carta que preste especial atención al número de septiembre de *El Mensajero Ruso*, donde termina la cuarta y última parte de *Los hermanos Karamázov*: «En el número de septiembre habrá un juicio, nuestros fiscales y abogados; todo eso se presentará bajo una luz algo singular»<sup>66</sup>. Pero sin necesidad de ese testimonio sabemos que la sátira de los tribunales contemporáneos en el «Error judicial» de los Karamázov se corresponde íntegramente con las concepciones eclesiástico-jurídicas del célebre jurista que encabezaba el Santo Sínodo desde la primavera de 1880.

---

<sup>63</sup> PSS, 14: 60.

<sup>64</sup> Pobedonóstsev K. P.: *La iglesia y el Estado*, en Pobedonóstsev: *Antología moscovita*. Tipografía sinodal, Moscú, 1901, pág. 2.

<sup>65</sup> PSS, 14: 56.

<sup>66</sup> PSS, 30.1: 209.



---

VI

Además de en los nuevos tribunales, la celosa atención del poder recaía en la prensa rusa liberal. Pobedonóstsev veía con grandísimos recelos y prejuicios ese modo tan vacilante de crear en Rusia un símil de opinión pública: «La prensa es una de las instituciones más mentirosas de nuestro tiempo»<sup>67</sup>. Cualquier granuja de la calle «puede, si cuenta con [...] dinero, fundar un periódico [...] y [...] erigirse al día siguiente en una autoridad que juzga a todos y cada uno, influir en ministros y gobernantes, en el arte y la literatura, en la bolsa y la industria»<sup>68</sup>. Pobedonóstsev ataca especialmente la «correspondencia proveniente [...] desde los más diversos rincones»<sup>69</sup>, semejantes a pasquines anónimos, y estigmatiza con furia «el abominable oficio del chantaje» que anida en el seno de la prensa actual.

En plena consonancia con esta mirada de la reacción gubernamental contra la prensa, la novela panfletaria conservadora crea el tipo veleidoso de hombre de prensa que responde a todas las cualidades señaladas. El personaje del periodista progresista que encarga los rasgos de una baja moral lo encontramos con frecuencia en las novelas conservadoras de Leskov. Tal es el maestro de distrito Zarnitsin en la novela *Sin salida*, que envía acusaciones a *La Gaceta de Moscú* de Katkov; tal es Tishka Kishenski en *A las cuchilladas*, pequeño periodista y colaborador de la policía que abre una caja de empréstito y participa en tres diferentes periódicos de orientación opuesta; tal es Varnava Prepotenski en *Los sacerdotes de la catedral*, que envía a Petersburgo «acerbos articulitos» sobre la vida de su terruño perdido y al fin va a parar a la capital, donde se convierte en editor de un gran órgano de prensa. Tal es también, en *Las ovejas de Panurgo* de Krestovski, el escritor de provincia Ardalón Poloiárov, que escribe artículos «sobre el despotismo tártaro-germano del zarismo petersburgués» y vende por grandes sumas a rentistas acaudalados pasquines basados en ellos. Las facciones de la máscara son homogéneas: venalidad, arribismo y una falta de escrúpulos extrema que llega hasta el delito, mientras de la boca para fuera se predicán «ideas progresistas». Dostoievski trazó de pasada ese tipo en *El idiota*, en la caracterización del boxeador Keller, que publica en «un semanario humorístico [evidentemente, *La Chispa* – *L. G.*] un artículo difamatorio y chantajístico con el título «Proletarios y retoños, episodio de los saqueos diarios y

---

<sup>67</sup> Pobedonóstsev, K. P.: *La prensa*, en Pobedonóstsev, K. P.: *Antología moscovita*. Tipografía sinodal, Moscú, 1901, pág. 67.

<sup>68</sup> *Ibid.*, pág. 70.

<sup>69</sup> *Ibid.*, pág. 71.

cotidianos. ¡Progreso! ¡Reforma! ¡Justicia!»<sup>70</sup>. Dostoievski reproduce íntegramente en la novela ese artículo, ofreciendo en ella una parodia densa y acerba de la correspondencia de denuncia de los años 1860.

En *Los hermanos Karamázov* ese tipo está representado en el «seminarista y arribista» Rakitin. Se trata de un hijo de pope que comienza a colaborar con la prensa capitalina. Envía a una revista cartas sobre el proceso de Dmitri Karamázov, jugueteando con el tema progresista de «las inveteradas costumbres del régimen de servidumbre y de la Rusia sumida en el caos que sufre por la falta de instituciones adecuadas»<sup>71</sup>. Por idea y dictado de Dostoievski, resulta ser un predador, un intrigante, un mercachifle de sus opiniones. Colaborador de un órgano radical, escribe folletos publicados por las autoridades de la diócesis «con una magnífica y devota dedicatoria al ilustrísimo»<sup>72</sup>. Él mismo le cuenta a Aliosha la precisa caracterización que de él hizo Iván: «Me sumaré a una revista gruesa, [...] publicaré sin falta artículos de tendencia liberal y atea con tintes socialistas, [...] pero estaré alerta, es decir, en el fondo mantendré amistad con propios y extraños [...] hasta construirme un edificio de alquiler en Petersburgo»... Aliosha confirma que «eso, a lo mejor, se cumplirá tal como lo describe»<sup>73</sup>.

El programa de los reaccionarios dedicaba una atención especial a la cuestión de la instrucción popular con el fin de proteger a la joven generación de la «peste revolucionaria». Los nombres de los correspondientes ministros –Deliánov, «clásico» de

---

<sup>70</sup> PSS, 8: 217.

<sup>71</sup> PSS, 15: 99.

<sup>72</sup> PSS, 15: 100. A. V. Amfiteátrov señaló que, en la figura de Rakitin, Dostoievski mezcló los rumores «que corrían en los círculos reaccionarios sobre el pasado de Eliséiev y Blagosviétlov». En un folletín anónimo publicado en *El Ciudadano* en 1878 se reproduce un fragmento de un artículo de A. S. Suvorin en *Tiempo Nuevo*: «Si el señor Eliséiev hubiera seguido escribiendo obras tales como *Hagiografía de san Grigori*, *Guerman*, *Varsonofi de Kazán* y *Sviazhsk* y dedicando esas obras a los arzobispos con palabras tales como: “Aporto el pequeño óbolo de mi acción. Ilustrísimo monseñor, acepte con su inherente indulgencia mi humilde ofrenda, y que su indulgencia aliente los grandes esfuerzos de quienes indignamente trabajan”; si el señor Eliséiev hubiera continuado su actividad literaria con ese tono y orientación, nunca se habría hecho colaborador ni de *El Contemporáneo* ni de *Apuntes Patrios* [...] No sé en qué momento el señor Eliséiev era sincero, si cuando en él bullía la sangre juvenil y escribía “pequeños óbolos” o si ahora, cuando la experiencia de la vida lo ha vuelto sabio y escribe columnas sobre la política interior». Más allá de los materiales aquí indicados, V. S. Dorovátovskaia-Liubímova, en el artículo «Dostoievski y los sesentistas» (Moscú, 1928, págs. 14-16), demuestra que, por una serie de rasgos, Dostoievski tomó como prototipo de Rakitin al periodista de opinión Z. Eliséiev. Señalemos que Dostoievski conocía personalmente a este último. En una carta a su esposa desde Ems del 21 de julio (y agosto) de 1876 dice entre otras cosas: «Aquí esta mañana en las aguas termales me he encontrado a Eliséiev (columnista de “asuntos internos” de *Apuntes Patrios*); está aquí con su esposa, sigue un tratamiento y él mismo se acercó a saludarme. Por lo demás, no creo que nos hayamos entendido: el viejo “negador” no cree en nada, para él todo son preguntas y discusiones, y, lo principal, tiene una arrogancia y una altivez completamente de seminario» (F. M. Dostoievski: *Cartas, editadas por A. S. Dolinin*. Moscú, Leningrado, 1934, III, pág. 233. En una carta del 30 de julio (11 de agosto), su opinión sobre Eliséiev es mucho más crítica (*ibid.*, pág. 240).

<sup>73</sup> PSS, 14: 77.

---

Tolstói y enemigo de los «hijos de las cocineras»— se conservaron por largo tiempo en la memoria de la *intelligentsia* rusa. Pobedonóstsev, en sus artículos sobre la instrucción popular, intentaba proteger la escuela rusa de la «astuta dialéctica de los iluministas contemporáneos»<sup>74</sup>. La novela conservadora, respondiendo a ese cometido del gobierno zarista, introdujo entre sus personajes a la juventud estudiante (muchachas con el cabello corto, estudiantes de ciencias naturales, etc.). Una «máscara» característica la constituye el estudiante que denuncia las injusticias y adhiere tempranamente a la doctrina revolucionaria. En *Las ovejas de Panurgo*, el estudiante Shishkin delira «con otorgar nuevos derechos y con la dictadura sobre la tierra rusa»... Una figura análoga la encontramos también en *La niebla* de Kliúshnikov: un estudiante, «conocido en el mundo con el nombre de nihilista “Kolia” [...] declara con insolencia a los respetables ciudadanos: “Los he acusado de ladrones en la prensa”».

A este tipo corresponde en *Los hermanos Karamázov* el menor Kolia Krasotkin, en apariencia un revolucionario en germen, un estudiante adolescente que se declara «socialista», se considera conocedor del pueblo, cita a Bielinski y a Voltaire y le dice a Aliosha que «la fe cristiana sólo ha servido a los ricos y nobles para mantener en la esclavitud a la clase baja»<sup>75</sup>. Dostoievski lo representa sin su habitual malvada ironía, pero no por ello deja de indicar el «doloroso fenómeno» de la realidad rusa de que la nueva generación se contagia prematuramente de fatídicas teorías revolucionarias.

Por último, en la novela de la escuela «katskoviana» a menudo aparecen personajes positivos del clero ruso, como contrapeso a todos los representantes de las huestes demoníacas y de las «ovejas de Panurgo». En ellas se concentra el énfasis moralista de la sátira acusatoria. Ievángel (*A las cuchilladas*), Iosaf (*Las ovejas de Panurgo*), la madre del superior, Agnia (*Sin salida*): he ahí los puntos de apoyo desde donde se propagan las voces aleccionadoras y predicadoras.

En las novelas de Dostoievski los personajes de Tijon y Zosima cumplen la misma función composicional en el sistema general de representación de los hombres nuevos, y no por nada Dostoievski consideraba la parte de la novela titulada «Un monje ruso» la piedra angular de toda la epopeya.

En *Los hermanos Karamázov* hay un personaje que parece concitar toda la reserva de iracundo odio del autor hacia los destructores del altar y el trono. A fin de ultrajar y

---

<sup>74</sup> Pobedonóstsev, K. P.: *La instrucción popular*, en Pobedonóstsev, K. P.: *Antología moscovita*. Tipografía sinodal, Moscú, 1901, pág. 87.

<sup>75</sup> PSS, 14: 500.

---

humillar definitivamente al enemigo ideológico –el materialismo, el ateísmo, el cosmopolitismo y la teoría de la lucha y la destrucción–, todas esas corrientes rebeldes que luchan contra el antiguo mundo del viejo despotismo ruso, la ignorancia y el estancamiento están encarnadas en la repugnante figura de Smerdiakov.

Lacayo del libertino y librepensador Fiódor Pávlovich Karamázov, hijo de él con la idiota Lizaveta Smerdiáshaia, epiléptico, parricida, monstruo moral y cadáver espiritual que se descompone ante los ojos del lector: he ahí la figura sintética en la que Dostoievski representa a todos los modernos representantes del «doctrinarismo de izquierda» y de la «*intelligentsia* europeizante». Smerdiakov aparece en la novela como un occidentalista radical que odia la Rusia zarista y desea su destrucción. Es, a su manera, un refinado analítico y teórico que, con su pensamiento elemental, pero no carente de flexibilidad, intenta destruir todas las tradiciones eclesiástico-nacionales y estatal-patrióticas que Dostoievski procura conservar y proteger en su última novela.

## VII

La denuncia del nihilismo reconoce en *Los hermanos Karamázov* también un rasgo nacional: Dostoievski era partidario de la leyenda reaccionaria de que todo el mal socio-revolucionario provenía del judaísmo. A pesar de su conocimiento de la literatura socialista de los años 1840 en la persona de autores de nacionalidad francesa –Fourier, Considerant, Proudhon, Louis Blanc–; a pesar de su participación personal en el círculo de Petrashevski, en el que no había ningún judío; por último, a pesar de su gran atención a figuras de la revolución rusa tales como Herzen, Bakunin, Ogariov, Necháiev, Karakózov y Chernishevski, el autor de *Los demonios* apoyaba las afirmaciones de los Mesherski y los Suvorin acerca de la naturaleza judía del socialismo en la teoría y en la práctica. En este sentido, es característica la carta de Dostoievski al editor de *El Ciudadano*, V. F. Putsikóvich, del 29 de agosto de 1878 «sobre los Lasalle, los Karl Marx», etc<sup>76</sup>.

En la carta se mencionan de pasada los polacos, el principal tema del chauvinismo militante de Katkov. La cuestión polaca era uno de los temas más espinosos y delicados del gobierno de entonces. Después del levantamiento de 1863, en la Región Occidental se implementa una rigurosa política rusificadora que suscita la natural indignación de la

---

<sup>76</sup> PSS, 30.1: 42-43.

---

población autóctona. La literatura rusa de derecha introduce entre sus personajes habituales la figura estereotipada del polaco que socava los fundamentos del sistema estatal ruso. Leskov presenta en *Sin salida* al estudiante Kostan Słobodziński y al viejo oficial del antiguo ejército polaco Władysław Jaroszyński, que aparece con ropas de jesuita. En *Las ovejas de Panurgo* de Krestovski vemos en esos mismos papeles de traidores al coronel Pszeciński y el preste Kuncewicz. En *La niebla* de Kliúshnikov interviene el conde Władysław Broński, un provocador que saluda la rebelión campesina y envía en secreto armas a Polonia, litografía para los círculos clandestinos a Feuerbach y forma parte del servicio secreto del gobernador. Entre la oposición estudiantil aquí aparecen los camaradas Pszyndziszkievich, Dżempikowski y Wszyciński. Son todos personajes caricaturescos que responden al patrón tradicional y convencional de representación.

Siguiendo este canon, Dostoievski presenta las figuras grotescas de «polaquitos» en la comida funeraria de los Marmeládov<sup>77</sup> y esboza un personaje semejante en *Los demonios*. Sobre ello hay una ligera indicación al comienzo de la novela: «Liputin trajo al preste deportado Słońcewski y durante un tiempo lo recibieron por principio, pero después dejaron de hacerlo»<sup>78</sup>. Ese personaje no fue desarrollado posteriormente. Pero en *Los hermanos Karamázov*, ya en plena consonancia con la tradición de la novela reaccionaria, aparecen los polacos Musiałowicz y Wróblewski, mugrientos granujas que tergiversan intencionalmente a la usanza polaca las palabras rusas. Dostoievski introduce de pasada en su caracterización una ligera pincelada política. Los *panes*<sup>79</sup> se niegan a acompañar el brindis de Mitia por Rusia y, por cortesía, levantan sus vasos «por la Rusia con los límites anteriores a mil setecientos setenta y dos»<sup>80</sup>. Posteriormente, resultan ser unos tramposos. Figuras esporádicas, están trazadas según el estilo característico de la novela «katkoviana».

Las tendencias nacionalistas de los novelistas reaccionarios se reflejan también en un abierto antisemitismo. En *Las ovejas de Panurgo* aparece un «funcionario de provincia de asuntos especiales, el pequeño y negrito Shpiss (seguramente un judío<sup>81</sup> de Moguiliiov)»<sup>82</sup>. Pero ahí también aparece un rico estudiante de tipo judío que se expresa

---

<sup>77</sup> PSS, 6: 292.

<sup>78</sup> PSS, 10: 30.

<sup>79</sup> Pan: hidalgo en Polonia. (Nota del traductor).

<sup>80</sup> PSS, 14: 383.

<sup>81</sup> En el original, *жидок* [zhidok] término despectivo para «judío». (Nota del traductor).

<sup>82</sup> Krestovski V. V.: *Obras reunidas en 8 tomos*. San Petersburgo, 1904, tomo 3, pág. 18.

---

en contra de los «aristócratas de chaleco blanco»... En *A las cuchilladas* de Leskov encontramos a un escritor-usurero, el judío Tishka Kishenski. Entre los personajes de *Sin salida* está Naftula Solovéichik, que se declara «enfurecido representante de una nación no reconocida»<sup>83</sup>. En la novela *Mar revuelto* de Písemki aparece un importante hombre de negocios, el consejero de comercio Emmanuil Galkin, con kipá y levita de seda. Esa tradición de la novela panfletaria se refleja también en Dostoievski, en el personaje del «judío Liamshin» de *Los demonios*, y adquiere en *Los hermanos Karamázov* un desarrollo destacado.

Los acervados ataques nacionalistas que tanto abundan en *Diario de un escritor* también están presentes en la última novela de Dostoievski (cf. por ejemplo los pasajes sobre la estadía de Fiódor Pávlovich Karamázov en Odesa, sobre las especulaciones de Grúsheñka, etc.). En este sentido, es más que demostrativo/significativo el diálogo entre Liza Jojlakova y Aliosha: «Pues yo tengo un libro, he leído sobre un juicio que se realizó no recuerdo dónde, y que un judío a un niño de cuatro años primero le cortó todos los dedos de las dos manos y después lo crucificó en la pared, lo clavó y lo crucificó, y después en el juicio dijo que el niño murió pronto, a las cuatro horas. ¡Vaya rapidez! Dijo que gemía, que no paraba de gemir, y él de pie frente a él, admirando su obra...». Y, a la pregunta de la histérica señorita, el más querido de los personajes de Dostoievski da una respuesta chocante: «Aliosha, ¿es cierto que los judíos en Pascua roban y degüellan niños?». «No sé»<sup>84</sup>.

Fiel a su costumbre, Dostoievski introduce en su novela el tema del periodismo contemporáneo. En la época en que escribía *Los hermanos Karamázov*, el gobierno zarista estaba justamente ocupado en otro «proceso ritual», el llamado «caso Kutaisi». En abril de 1878, como suele suceder en tales ocasiones, en vísperas de la pascua judía, desapareció de un pueblo transcaucásico una niña georgiana. A pesar de todas las circunstancias de la instrucción e incluso de la pericia médica, nueve judíos fueron llevados a juicio acusados de prácticas rituales. La prensa de derecha encontró una ocasión propicia para reavivar y propagar el mito de los rituales de sangre y preparar la opinión pública para el proceso que se avecinaba. En los archivos de oficinas secretas se encontraron antiguos ejercicios de redacción de libelos de sangre por parte de funcionarios zaristas.

---

<sup>83</sup> Leskov, N. C.: *Obras completas en 36 tomos*. San Petersburgo, 1902, tomo 10, pág. 23.

<sup>84</sup> *PSS*, 15: 23.

---

En *El Ciudadano*, junto con el folletín de Dostoievski «De los paseos veraniegos de Kuzmá Prutkov», aparece el artículo «Informe sobre los asesinatos de cristianos perpetrados por judíos para sacarles la sangre» (redactado por el consejero secreto Skripitsin, director del departamento de confesiones extranjeras, por disposición del ministro del Interior, conde Perovski, para el emperador Nicolás I, el hijo del zar y heredero del trono, los grandes príncipes y los miembros del Consejo Estatal)<sup>85</sup>, y en uno de los siguientes números aparece el artículo «Exposición detallada de los hechos sobre los asesinatos de cristianos perpetrados por judíos para sacarles la sangre». Como continuación de esas publicaciones, a comienzos del año siguiente apareció el artículo «Los judíos fanáticos y sus defensores. Respecto del caso de un nuevo asesinato de una niña cristiana para sacarle la sangre». Como lo caracterizó la propia redacción de la revista, se trataba de «un conjunto de artículos en los cuales se expone, sobre la base de datos oficiales, detalles que horrorizan al lector sobre todos los asesinatos de cristianos, preferentemente niños, perpetrados por judíos para obtener sangre cristiana»<sup>86</sup>.

Las causas de la redoblada atención de *El Ciudadano* en ese tema pronto se dilucidaron. A comienzos de 1879, la revista de Mesherski informó: «Aún no hemos finalizado los artículos sobre esta cuestión cuando ya en Kutaisi se ha fijado una audiencia por un nuevo caso, más actual por así decir, y de gran interés, vinculado a un grupo de judíos acusados de asesinar a una niña cristiana con el fin de sacarle la sangre»<sup>87</sup>.

Todo ello, naturalmente, suscitó el clamor y las protestas de la opinión pública. No en vano el abogado Aleksándrov (que recientemente había defendido a Vera Zasúlich) declaró en el tribunal que el caso Kutaisi había sido el primer caso público en el que se acusaba a los judíos de crímenes rituales y que la obligación de un hombre de leyes no reside sólo en defender a los acusados, sino también en ayudar a esclarecer cuestiones que revisten un excepcional interés público.

Al mismo tiempo, en la prensa aparecieron enérgicas objeciones contra las acusaciones planteadas. Según las palabras del propio *El Ciudadano*<sup>88</sup>, «hace unos días apareció una resuelta refutación de estas acusaciones seculares y universales contra los judíos, ya no de parte de los propios judíos, sino del señor Spasóvich, famoso abogado, escritor y antiguo profesor de derecho penal». Spasóvich, en efecto, había declarado en

---

<sup>85</sup> *El Ciudadano*, 10 de octubre de 1878, núms. 23-25

<sup>86</sup> *El Ciudadano*, 1879, núm. 4.

<sup>87</sup> *El Ciudadano*, 1879, núm. 4, pág. 60.

<sup>88</sup> *Ibid.*

---

la prensa: «Según mi profunda convicción, casos como el presente demuestran solamente la desmesurada vivacidad de las leyendas del pasado, por muy absurdas que éstas sean». El órgano de Mesherski respondió al célebre criminalista con despiadadas burlas sobre su actividad de abogado.

En ese ambiente inquieto y acalorado, en medio de tensas discusiones y de lucha por la verdad, donde la menor vacilación acarrearía la condena de inocentes y, acaso, consecuencias sangrientas e irremediables, el gran escritor, que era seguido apasionadamente por amplios círculos de lectores, se levantó y pronunció su «no sé». En una novela filosófico-religiosa sobre un «temprano filántropo» consideró posible valerse de la furiosa campaña de *El Ciudadano*. Del «Informe sobre los asesinatos de cristianos perpetrados por judíos» publicado por Mesherski, el autor de los *Karamázov* extrajo material para su comentario sobre el caso Kutaisi. En los artículos de *El Ciudadano* se reproducía gran cantidad de absurdas invenciones sobre las «crueldades» de los judíos, del tipo: «Ordené atar a un niño a la cruz, y vivió largo tiempo; ordené que clavaran a otro, y no tardó en morir»<sup>89</sup>, etc. Esos informes los repite casi literalmente en la novela *Liza Jojlakova ante Aliosha*, que no dice palabra.

Hay que señalar que hasta el tribunal se mostró en ese difícil momento por encima de la prensa: las dos instancias absolvieron a todos los acusados. En la Cámara de Justicia de Tiflis, el fiscal incluso se negó a sostener la acusación. Pero *Los hermanos Karamázov*, escrita en ese ambiente de furiosa campaña nacionalista de la prensa de derecha, refleja con claridad esa corriente y adhiere a ella sin ambigüedad alguna. La respuesta aparentemente pasiva y, por el contexto temporal, mortífera que Aliosha da a la pregunta de Liza guarda plena consonancia con la campaña oficiosa y ratifica el mito de los rituales de sangre actualizado por los funcionarios zaristas y los periodistas del gobierno con el fin de fundamentar la política de pogromo del zarismo.

Tales fueron las tendencias generales de la novela. En la tradición de *Las ovejas de Panurgo* y *A las cuchilladas*, se presentan personajes que acusan/denuncian el nihilismo o exaltan la iglesia rusa y el Estado monárquico; al estilo de la extrema reacción política, se abordan temas espinosos y delicados para la opinión pública de entonces, que, al parecer, estaría llevando al país a la destrucción y aniquilación. La filosofía que combate a Dios de Iván Karamázov y toda su crítica del Evangelio, que constituyen la cima de la rebelión intelectual, no pueden hacer vacilar las sólidas posiciones de la

---

<sup>89</sup> *El Ciudadano*, 1878, núms. 23–25.



---

reacción política, de la cual Dostoievski interviene como heraldo en su última novela. Con su despiadada epopeya de la impenitente, pero bendecida Rusia, el último Dostoievski intenta ofrecer una resistencia nueva y decisiva contra las «huestes demoníacas» de la revolución en ciernes. No por nada algunos personajes y episodios de la novela fueron discutidos previamente en el despacho de Pobedonóstsev, que con gran atención iba siguiendo la publicación de *Los hermanos Karamázov*. Las principales conclusiones de la última crónica de Dostoievski imperceptiblemente forman parte de las lúgubres enseñanzas de su último amigo, que de manera insinuante le expuso, con su estilo grandilocuente, los cánones incuestionables del programa autocrático, consistente en una despiadada contramarcha del Imperio ruso, que tambaleaba por culpa de las reformas y se agotaba a causa de las revoluciones. Y, por lo visto, las temibles conclusiones del procurador general del Sínodo sobre el «abominable laberinto»<sup>90</sup> de la actualidad rusa las expresa el fiscal de la novela en el aterrador final de su acusación, evocando ante los oyentes la imagen de una troika que corre furiosa, inspirando asco y horror a los pueblos, que se hacen a un lado para dejarla pasar.

En cualquier caso, es indudable que Dostoievski incluyó ecos de esas conversaciones en su última novela. La burla que en *Los hermanos Karamázov* se hace de la prensa progresista y de los juicios públicos, la hostilidad hacia los «heterodoxos» y la proclamación para Rusia de una teocracia bajo la forma superior de un régimen estatal: he ahí las corrientes subterráneas de la novela, que en su dinámica y personajes, en su drama e imágenes manifiestan la esencia del programa oficial, al que el autor adhería.

Tal es el libro que el 16 de abril de 1880 Dostoievski entregó personalmente en el palacio Ánichkov en las propias manos de su alteza el heredero. La orientación de la novela justificaba cabalmente tan elevada ofrenda. Por su tendencia política, era un libro *ad usum Delphini*<sup>91</sup> en todo sentido, sobre todo del delfín ruso que dos meses después se convertiría en Alejandro III.

---

<sup>90</sup> Pobedonóstsev K. P., *Antología moscovita*. Tipografía sinodal, Moscú, 1901.

<sup>91</sup> En latín: «Para uso del Delfín». (Nota del traductor).

---

VIII

*Los demonios* fue escrita durante la época de la Comuna de París. *Los hermanos Karamázov* fue creada en el caldeado ambiente de la avanzada del partido *Naródnaiia Volia* [Voluntad popular], bajo los disparos, las explosiones y las ejecuciones de los últimos años del reinado de Alejandro II.

El programa político de Dostoievski en el último año de su vida refleja las vacilaciones surgidas en el rumbo del gobierno. El escritor sigue con gran atención los acontecimientos, preparándose para reanudar su *Diario de un escritor*. Según el testimonio de los contemporáneos, Dostoievski se alegró de la «pacificación» (es decir, la «dictadura» de Lorís-Miélikov).

En la celebración del 25º aniversario de Alejandro II, es decir, unos días después de que se anunciara el nuevo rumbo, Dostoievski estaba inusualmente alegre. Decía: «Ya verán que comienza algo completamente nuevo». El atentado contra la vida del director de la «comisión suprema» lo desconcertó. «Dios los guarde si retoman el viejo camino».<sup>92</sup> Mostraba mucho interés en las personas de las que se rodeaba Lorís. «Le deseo todo el éxito», solía repetir.

El monarquismo mismo de Dostoievski adquiere en esta época un nuevo matiz. Firme partidario de la autocracia y enemigo de la constitución, se expresa, en plena consonancia con la opinión oficial, en defensa de las formas patriarcales de consulta con la «tierra»; sobre ello, como es sabido, escribió en el último número de *Diario de un escritor*: «Llaman a las anguarinas grises y pregúntenles a ellas mismas acerca de sus necesidades, [...] y ellas les dirán la verdad»<sup>93</sup>. Pero esa desviación no significa en modo alguno una concesión al liberalismo. En el mismo número de *Diario de un escritor*, Dostoievski habla con su habitual hostilidad de los «rusos europeos» que sueñan con «coronar la obra», de las «jaulas de cotorras»<sup>94</sup>, etc. Trabajando en ese último número de *Diario de un escritor*, diez días antes de morir, Dostoievski habla del «consejo del *ziemstvo*<sup>95</sup>, de la relación del zar con el pueblo como un padre con sus hijos», mientras que a la constitución la llama «cosa de señores» (*господчина*) e insistía especialmente en

---

<sup>92</sup> A. S. Suvorin: «Sobre el difunto», en *Dostoievski en los recuerdos de sus contemporáneos*. Moscú, 1990, tomo 2, pág. 472.

<sup>93</sup> PSS, 27: 21.

<sup>94</sup> PSS, 27: 6.

<sup>95</sup> Administraciones locales y provinciales dirigidas por la nobleza y la burguesía en la Rusia zarista. (Nota del traductor).

---

que la libertad en Rusia se establecerá según un modelo singular, no occidental, «sin revoluciones, limitaciones y contratos cualesquiera»<sup>96</sup>. La simpatía con el nuevo curso del gobierno no significa en absoluto que Dostoievski hubiera experimentado «desplazamientos» políticos internos. La dictadura de Lorís-Miélikov fue instaurada por idea del más que reaccionario heredero (pronto Alejandro III)<sup>97</sup>; el proyecto del «dictador» de convocar a la administración del país a los representantes de los *ziemstvos* y ciudades fue aceptado y aprobado por Alejandro II; por último, el divulgador más importante de la monarquía, Katkov, apoyaba con fervor todas las iniciativas del director de la comisión suprema. La simpatía de Dostoievski por Lorís y su proyecto de consulta con la tierra no excluía en modo alguno *Diario de un escritor* del conjunto de iniciativas gubernamentales aprobadas por el zar. Así lo querían en la corte, y en ese sentido *La Gaceta de Moscú* apoyaba al gobierno.

En 1880, el partido gobernante se vio obligado a tomar un rumbo liberal; a regañadientes, se mostró a favor de las reformas, de la coronación de la obra, de la convocatoria a la población a la administración del país. El propio Katkov saluda con simpatía las iniciativas de Lorís-Miélikov, y en el homenaje a Pushkin en Moscú pronuncia un discurso de arrepentimiento y reconciliación con guiños progresistas («cada vez se vuelve más amplio el ámbito en el que personas de diferentes opiniones pueden reunirse en paz e incluso armoniosamente»)<sup>98</sup>.

En el ambiente de un creciente terror revolucionario, a favor de la constitución se manifestaron los grandes príncipes, influyentes dignatarios, los líderes de la prensa conservadora, el propio zar. Los círculos dirigentes comprendían la conveniencia práctica de esa maniobra gubernamental para tranquilizar a la sociedad y aislar a los revolucionarios. Dostoievski pronuncia su llamado a las «anguarinas grises» no a

---

<sup>96</sup> *Tiempo Nuevo* (1 de febrero de 1881), núm. 1771.

<sup>97</sup> La correspondencia de Alejandro III con Lorís-Miélikov muestra no sólo el profundo interés del futuro zar por la actividad de este último, sino también su simpatía por los planes liberales del «dictador». Éste declara abiertamente a su distinguido destinatario: «Desde el primer día en que me designaron en el cargo de director general de la comisión ejecutiva suprema juré actuar sólo en la misma orientación que su alteza, pues considero que de ello depende el éxito de la tarea que me encomendaron y la serenidad de la patria» (9 de abril de 1880) (*El Archivo Rojo* 1925, libro I (VIII), pág. 101). También profesaba plena simpatía por Lorís toda el ala de la «derecha». Cuando Lorís-Miélikov renunció en mayo de 1881, Iván Aksákov publicó en *Rus'* un artículo elogioso sobre el «venerable conde [...] que deja tras de sí una huella brillante [...] y ha logrado realizar muchas cosas verdaderamente útiles en el breve período en que estuvo al frente de su cargo». Mesherski reprodujo íntegramente la opinión de Aksákov sobre Lorís-Miélikov en su *Diario*.

<sup>98</sup> A este respecto, *La Voz* escribió: «Durante el almuerzo, públicamente y en presencia de los asistentes, Katkov pidió perdón a todos, pidió que se olvidaran y extendió la mano, pero nadie se la estrechó». «Causa una impresión penosa un hombre que está sobrellevando su castigo y cree que con un discurso de mala muerte puede expiar una traición de veinticinco años» (*La Voz*, 1880, núm. 158). Turguéniev, como es sabido, le dio la espalda cuando el «arrepentido» Katkov estiró hacia él su copa.

---

contrapelo de las disposiciones de las autoridades, sino en medio de aquel coro de simpatía integrado por partidarios en altos cargos. En plena consonancia con la orquesta gubernamental, Dostoievski expresa la voluntad suprema en vísperas de su proclamación oficial. Aquí no sólo no hay el menor guiño a la oposición, sino que, como en todo *Diario de un escritor*, se proclama y propagandiza la causa del poder, al punto de que los círculos gubernamentales resultaron en los hechos a la izquierda de Dostoievski, pues comprendían más ampliamente el alcance y los límites de la representación popular. Mientras Valúiev, Miélikov e incluso Konstantín Nikoláievich proponen diferentes variantes para convocar al gobierno a miembros elegidos de los *ziemstvos* y de las ciudades y Alejandro II acepta implementar una de esas variantes, Dostoievski considera que es más que suficiente consultar al pueblo en sus lugares. Mientras que los proyectos gubernamentales despejan el camino a la *intelligentsia* para participar en las «comisiones», Dostoievski propone excluir a los miembros de la *intelligentsia* de la inminente consulta y conceder la voz sólo al campesinado y aun a los segmentos más reaccionarios de éste.

De todas las «constituciones» de 1880, el proyecto de Dostoievski es el más tímido, medido y conservador. Por exiguas que fueran las propuestas de Lorís, Konstantín y Valúiev, no dejaban de convocar, para la participación en el gobierno, a los representantes elegidos de la ciudad y el campo, de lo que *Diario de un escritor* precave celosamente a las autoridades petersburguesas.

El terror revolucionario plantea en esos días a Dostoievski el gravísimo problema ético del derecho a «prevenir» atentados políticos. Lo inquietan sobremedida todos los actos terroristas en Rusia y en Occidente: Vera Zasúlich, el disparo al emperador alemán, las manifestaciones de los anarquistas en Europa. De su opinión sobre el asesinato del jefe de los gendarmes, Mezentsov, podemos juzgar por su simpatía hacia el discurso conmemorativo que, con motivo de ello, pronunció el predicador Amvrozi, en el cual se habla de la «víctima inocente sacrificada por el bien de la patria» y de los ladrones que «malversan nuestro mejor patrimonio»<sup>99</sup>. Los acontecimientos políticos del día se convierten en esos años para Dostoievski en un penoso problema de deber personal, sacrificio y proeza. Suvorin dejó una anotación muy interesante sobre su conversación con Dostoievski el 20 de febrero de 1880 (es decir, dos semanas después de que el terrorista Jalturin hiciera detonar una bomba en el Palacio de Invierno y el mismo día en

---

<sup>99</sup> *Sermones de Amvrozi, obispo de Dmítrievski, vicario de Moscú, en los últimos años de su servicio en Moscú (1873-1882)*. Moscú, 1883, págs. 136-139.

---

que el terrorista Mlodetski atentara contra Lorís-Miélikov) que demuestra la gran turbación de la que era presa el escritor: «¿Habríamos ido al Palacio de Invierno a prevenir de la explosión, o habríamos recurrido a la policía, a un guardia municipal, para que arrestara a esas personas? ¿Usted habría ido?». «No, no habría ido». «Pues yo tampoco. Pero ¿por qué razón? ¡Si se trata de un horror! Se trata de un crimen. Quizás podríamos haber prevenido. Es en eso en lo que estaba pensando antes de que usted llegara [...] He repasado todas las causas que me obligarían a hacer eso. Causas sólidas, de peso, y luego reflexioné en los motivos que no me habrían permitido hacerlo. Esos motivos son de lo más insignificantes. Simplemente el temor a cobrar fama de delator»<sup>100</sup>, etc. Si se comparan esas vacilaciones de Dostoievski con su posición excepcionalmente valerosa y honesta en los interrogatorios políticos de 1849, cabe lamentar el decaimiento de la moral política del gran novelista. Pareciera no notar que «prevenir» acarrearía inevitablemente la ejecución de varios revolucionarios («motivos de lo más insignificantes»). No siente que se asemeja por completo a su tan odiado Piotr Verjovienski, que en una reunión en casa de Virguinski planteó su pérfida pregunta: «Si cada uno de nosotros supiera que se está preparando un crimen político, ¿iría a denunciarlo, previendo todas las consecuencias, o se quedaría en casa en espera de los acontecimientos?»<sup>101</sup>.

En ese estado de alarma y desconcierto Dostoievski elabora la última variante de su programa político, que no modifica en nada sus postulados esenciales. En su proyecto de reforma (la consulta del gobierno al campesinado en sus tierras) Dostoievski parte de la idea de un singular tipo de monarquismo patriarcal en el que el zar se preocupa principalmente de los campesinos. Ése es uno de los postulados de la eslavofilia de derecha, en cuya prédica Dostoievski a quien más se aproxima es a Terti Filíppov.

Pero Dostoievski no confiaba en absoluto en el pueblo. Durante las manifestaciones políticas de los nuestros, temía espantosamente las matanzas, las matanzas de hombres instruidos a manos del pueblo, que aparecía como vengador. «Ustedes no han visto lo que he visto yo –solía decir–. Ustedes no saben de lo que es capaz el pueblo cuando está enfurecido. Yo he visto cosas terribles, terribles».<sup>102</sup> Es probable que Dostoievski, cuando hablaba así, recordara el asesinato de su padre a manos de los campesinos o algunos episodios de su vida en prisión.

---

<sup>100</sup> A. S. Suvorin: Del «Diario», en *F. M. Dostoievski en los recuerdos de sus contemporáneos*, Moscú, 1990, tomo 2, pág. 391.

<sup>101</sup> *PSS*, 10: 317.

<sup>102</sup> A. S. Suvorin: «Sobre el difunto», en *F. M. Dostoievski en los recuerdos de sus contemporáneos*. Moscú, 1990, tomo 2, pág. 471.

En cualquier caso, la «libertad» que él ofrecía no excedía los límites de un idilio hogareño entre el poder supremo y la población. En el último número de *Diario de un escritor* llamaba incluso no a un consejo del *ziemstvo*, no a una asamblea o reunión campesina, sino a una encuesta rural por toda Rusia: «No hace falta ninguna gran agitación ni ningún consejo: al pueblo se lo puede consultar en sus lugares, en sus distritos, en sus casas».<sup>103</sup> Sólo no hay que permitir que en este asunto intervenga la *intelligentsia*, «sólo debe expresarse el verdadero campesino».<sup>104</sup> «Es verdad –continúa Dostoievski– que con el campesino se colará el *kulak*<sup>105</sup> y explotador, pero, pese a todo, éste no deja de ser también un campesino, y en una causa tan importante ni siquiera el *kulak* y el explotador traicionarán a la tierra, y dirán una palabra veraz; tal es la característica de nuestro pueblo». ¡He ahí en qué «representación del *ziemstvo*» pensaba el último Dostoievski en los momentos en los que amaba la libertad!

El célebre discurso sobre Pushkin que pronunció medio año antes de morir fue interpretado por el propio autor como la proclamación de un programa partidario. En parte estaba obligado a ello porque intervino en nombre de la Sociedad Eslava de Beneficencia. Ya hemos visto que, en una carta a Pobedonóstsev del 19 de mayo de 1880, Dostoievski reconocía que el discurso sobre Pushkin lo había escrito llevando al extremo sus («o sea, me atrevo a decir *nuestras*») convicciones. Casi en vísperas del discurso, A. G. Dostoiévskaja le escribe al marido: «No hay nada que desee tanto como el triunfo de vuestro partido, y a la vez del tuyo» (de la carta de A. G. Dostoiévskaja del 5 de junio de 1880)<sup>106</sup>.

A las felicitaciones de Suvorin por su discurso, Dostoievski respondió: «¿Y, qué tal? ¡La victoria es nuestra!»<sup>107</sup>. Según el testimonio de la esposa de Suvorin, «Alekséi Serguéievich me contó eso con entusiasmo, ya que él mismo siempre había sido nacionalista y ruso hasta el fondo del alma. Yo eso no lo comprendía en absoluto y me asombraba de que incluso personas tan colosales tuvieran tanta vanidad, pero mi marido me respondió que eso no era en absoluto vanidad, sino el triunfo de sus opiniones, de sus

<sup>103</sup> PSS, 27: 21.

<sup>104</sup> «Nadie se ha rebelado con más determinación y energía que Dostoievski contra el liberalismo europeo de la *intelligentsia* rusa –escribía I. Aksákov el 7 de febrero de 1881–; era en el fondo de su alma un sincero enemigo de toda libertad política formal, que sólo podría fortalecer el poder y la importancia de nuestra *intelligentsia* europeizante y distorsionar el crecimiento orgánico y autóctono del pueblo ruso, la singularidad y libertad de su desarrollo espiritual».

<sup>105</sup> Campesino rico (Nota del traductor).

<sup>106</sup> Dostoievski F. M.: *Correspondencia*, Moscú, 1976, pág. 341.

<sup>107</sup> A. S. Suvorin: «De mis recuerdos sobre F. M. Dostoievski», en *F. M. Dostoievski en los recuerdos de sus contemporáneos*. Moscú, 1990, tomo 2, pág. 428.

ideas. ¡El triunfo acabó en la apoteosis de Dostoievski, y todo palideció ante él!»<sup>108</sup>. Así también percibió Pobedonóstsev el discurso sobre Pushkin. Desde la altura de su puesto en el Estado, felicitó a Dostoievski por haber hecho retroceder la demencial ola que se disponía a abatirse contra el monumento a Pushkin; «me alegro por usted y, sobre todo, por la justa causa que usted ha defendido»<sup>109</sup>.

Vemos así que el célebre discurso sobre Pushkin del 8 de junio lo pronunció un representante de un determinado partido. La excepcional facilidad de palabra y la habilidad propia de Dostoievski «de tocar algunas cuerdas del alma para hacer sonar todas las restantes» ocultaron completamente a los oyentes esa tendencia programática de sus palabras. Por lo demás, algunos de ellos, como Gleb Uspenski y Saltikov-Shedrín, se mostraron escépticos respecto de la prédica del amor «a todos los hombres», mientras que Pobedonóstsev y Suvorin celebraron la victoria de su correligionario. El triunfo literario final de Dostoievski fue al mismo tiempo uno de sus más importantes éxitos políticos.<sup>110</sup>

Los recuerdos que se conservan sobre las conversaciones con Dostoievski hacia el fin de su vida muestran que su pesimismo político se tornó más sombrío y oscureció incluso sus juicios artísticos, a menudo infalibles. En sus últimos años, Dostoievski adopta para su poética un principio peligrosísimo y muy discutible que, por suerte, no logra plasmar íntegramente en su creación, pero que se refleja muy lamentablemente en sus gustos de lector y en sus comentarios: «*Yo coloco el entretenimiento por encima del valor artístico*»<sup>111</sup>.

Gran maestro de la novela, invicto en su arte hasta el fin de su vida, Dostoievski conoció cierta época de declinación en su estética literaria. Ese deterioro estuvo condicionado también por consideraciones políticas. Los escritores y los periodistas del

---

<sup>108</sup> *Ibid.*

<sup>109</sup> Carta de Pobedonóstsev del 22 de julio de 1880.

<sup>110</sup> E. P. Letkova aporta una serie de interesantes comentarios sobre la impresión causada por el discurso sobre Pushkin: «La juventud de izquierda “se encabritó” al oír las primeras palabras del discurso de Dostoievski, vio en él una serie de “ataques contra los occidentalistas”, lo condenó por haber intervenido en el homenaje a Pushkin no como el escritor Dostoievski, uno de los célebres descendientes de Pushkin, sino como representante de la Sociedad Eslava de Beneficencia». Sobre cierto pasaje del «Discurso sobre Pushkin» (aquel en el que los Aleko contemporáneos «se entregan al socialismo», etc.), la autora de las memorias señala: «Aquello fue dicho con la más refinada ironía; además de la burla sobre el “vagabundo ruso”, sus acerbos ataques contra los occidentalistas, la prédica de la comunicación “humilde” con el pueblo y el perfeccionamiento personal a la manera cristiana, junto con el desprecio a la moral social, colocaron definitivamente a Dostoievski entre los enemigos de ese movimiento que, por entonces, gozaba de toda la simpatía de la juventud» (E. Letkova: «Sobre F. M. Dostoievski», en *Eslabones*, 1, págs. 459-477). El propio Dostoievski escribió el 8 de junio a su esposa sobre su intervención: «¡Ha sido la gran victoria de nuestra idea sobre veinticinco años de equívocos!» (*Cartas de Dostoievski a su esposa*, editadas por N. F. Biélchikov y V. F. Perevézhev. Moscú, Leningrado, 1926, pág. 304).

<sup>111</sup> La cita exacta es: «He llegado al punto de colocar el entretenimiento por encima del valor artístico» (*PSS*, 29.1: 143). (Nota del traductor).

bando reaccionario se convierten en sus favoritos; la literatura plebeya (*разночинная*) es furiosamente rechazada. Dostoievski elogia por demás la novela de Mesherski *El conde Obeziáninov en un nuevo puesto*, y considera que ese libro había que divulgarlo<sup>112</sup>. Al insulso literato de *Tiempo Nuevo* N. K. Lébediev-Morski, autor de las novelas *Sodoma* y *La aristocracia del centro comercial*, Dostoievski lo tenía por un gran talento y veía en él a «su sucesor directo en la elaboración de ciertas tareas literarias»<sup>113</sup>. Valora y cita en reiteradas ocasiones en *Diario de un escritor* los folletines del «célebre Desconocido» y traba personalmente amistad con A. S. Suvorin. No deja de ser característico que en esa época Dostoievski valore especialmente a Burenin, a quien, junto con Strájov, considera «el único crítico serio y talentoso que tenemos». Para contrapesar, se refiere con inmensa animadversión a los representantes de la tendencia de izquierda: «Los seminaristas, éstos son quienes han acabado con Rusia: Chernishevski, Dobroliúbov, etc.». Cuando su interlocutor se asombró por sus palabras, Dostoievski dijo que «en mi tiempo pertenecí al círculo de Petrashevski, pero hace mucho que me he curado y odio con toda el alma a todos los revolucionarios»<sup>114</sup>.

Así, despojándose de los últimos vestigios del idealismo humanista de los años 1840, llegaba al ocaso el pensamiento político de Dostoievski<sup>115</sup>.

## IX

Puede aducirse que todas las conjeturas respecto a qué posición política habría adoptado Dostoievski en los dos reinados que siguieron a su muerte carecen de pruebas. Sin embargo, el testimonio autorizado de Pobedonóstsev demuestra cabalmente que lo más probable es que Dostoievski habría continuado con la línea que ya había adoptado.

<sup>112</sup> *El conde Obeziáninov en un nuevo puesto. Estudio fantástico en cinco partes. Continuación de la obra «Uno de nuestros Bismarck»*, Obra del príncipe V. Mesherski, San Petersburgo, 1879.

<sup>113</sup> Aleksándrov, M. A.: «Fiódor Mijáilovich Dostoievski en los recuerdos de un linotipista entre los años 1872-1881», en *Dostoievski en los recuerdos de sus contemporáneos*. Moscú, 1964, tomo 2.

<sup>114</sup> De Wollant, Gr.: «Esbozos del pasado», en *La voz del Pasado*, 1914, núm. 4, pág. 124.

<sup>115</sup> Citemos un fragmento de un artículo poco conocido sobre Dostoievski cuyas conclusiones principales, según creemos, describen con fidelidad el último período de la vida del escritor: «Puede que Dostoievski crea en la existencia del paraíso, puede que conozca la posibilidad del paraíso, pero Dostoievski no desea el paraíso [...] A quien guía al paraíso él se lo imagina no de otro modo más que como el repugnante y orejado Shigaliiov de *Los demonios* [...] El personaje de Dostoievski no sólo no sueña con librarse del infierno, sino que de ese sueño de felicidad, del paraíso, es de lo que más se burla; lo que más detesta es ese sueño [...] Lo central, lo más importante que da derecho a la vida para todos los personajes de Dostoievski es el sufrimiento y el vicio». Esa doctrina es hija de su tiempo: «Así como por boca de Dante, según la expresión de Carlyle, de pronto hablaron diez siglos silenciosos de la Edad Media, por boca de Dostoievski habló el último siglo del agonizante período burgués presocialista» (A. Leites: «Dostoievski a la luz de la revolución», *Albores del Futuro*, Járkov, 1922, págs. 102-103).



---

Respecto de la negativa de A. G. Dostoiévskaja a entregar a Mesherski unos poemas inéditos de Dostoievski para su publicación en *El Ciudadano*, Pobedonóstsev le escribió: «Estoy *seguro* de que Fiódor Mijáilovich, si viviera, *sin falta* habría participado activamente en él [en *El Ciudadano* – L. G.] y habría aprobado su orientación» (15 de diciembre de 1882)<sup>116</sup>.

En cualquier caso, es necesario reconocer que la vida gubernamental rusa de fines del siglo XIX, dirigida por correligionarios y amigos muy cercanos a Dostoievski, no dejó de implementar durante veinticinco años los principios del programa estatal proclamados en *Diario de un escritor*. La limitación de las atribuciones de los juicios públicos, la agresiva política gubernamental en la cuestión nacional, la protección de la joven generación contra el socialismo y el ateísmo: toda esa actividad del zarismo ruso entre 1881 y 1905 se halla en plena consonancia con las tesis políticas de *Diario de un escritor* y *Los hermanos Karamázov*. Si se comparan los textos con los hechos, puede concluirse que el gobierno de los últimos Románov llevó adelante su línea política en el espíritu de los preceptos de Dostoievski, cuya imagen recordaban personalmente muchos destacados representantes de la dinastía. La propaganda política de Dostoievski había echado sus raíces en la vida rusa y había arrojado sus frutos.

Y si el poder contemporáneo a Dostoievski, más allá de todo el respeto que le profesaba, no comulgó enteramente con su causa oficial y más bien le otorgó el papel de preceptor espiritual de los jóvenes Románov y de libre propagandista de las ideas monárquicas, en el último reinado su influencia de ultratumba se percibe claramente en la orientación general de la política interior del país. Los años 1880 y 1890 fueron la

---

<sup>116</sup> Pobedonóstsev K, P.: *Cartas a Dostoiévskaja A. G.*, 1882. ОР ПГБ. 93.II. 7.95. En cursiva en el original. También hay que tener en consideración la carta que Dostoievski escribió un año y medio antes de morir al editor de *El Ciudadano* V. F. Putsikóvich para publicar en la revista, que había reanudado su actividad en Berlín: «Me alegra que *El Ciudadano* haya vuelto a salir. Promete usted hablar en él aún con mayor firmeza que antes; tanto mejor por ello», etc. Al referirse al intenso trabajo en *Los hermanos Karamázov* y al empeoramiento de su salud, Dostoievski «por ahora» no promete «una colaboración mínimamente importante y definida». «Pero nuestro tiempo —concluye él— es tan febril y excitante que, en virtud de algún hecho o de algún nuevo fenómeno que de pronto nos deje estupefactos y sobre el que desee irresistiblemente expresarme, escribiré sin dilación algunas palabras, por supuesto. Entonces recurriré a la hospitalidad de su revista y publicaré en ella. En cualquier caso, le deseo sinceramente éxito» (Carta del 28 de julio/9 de agosto de 1879, *El Ciudadano Ruso*, Berlín, 1879, núm. 5). Al proyectar desde el 1 de enero de 1879 la publicación de *El Ciudadano* en forma de periódico diario, V. F. Putsikóvich le informa a Dostoievski que, «en caso de que me decida, puedo decir que participarán F. M. D., I. S. Aks., A. U. Porietski, el príncipe V. P. Mesh.» etc. (Carta del 20 de junio de 1878). En sus cartas del 31 de agosto de 1878 y 1 de mayo/19 de abril de 1879, Putsikóvich le pide a Dostoievski «reanudar la revista con algo propio», «enviar algún suelto, algún precepto», etc. En 1877 Dostoievski invita a una velada en su casa a «nuestro querido príncipe», es decir, Mesherski (*Cartas*, editadas por A. S. Dolinin, III, 255). Todo eso indica que Dostoievski mantuvo hasta finales mismos de los años 1870 el vínculo con el círculo de *El Ciudadano*. No hay fundamentos para suponer que el asesinato de Alejandro II y el ascenso al trono de Alejandro III hubiera modificado esa orientación política de Dostoievski.

---

época de la implementación estatal de las ideas de Dostoievski bajo la influencia directa de sus correligionarios: Pobedonóstsev, Mesherski, Tierti Filíppov, Suvorin, Vishnegradski, Cherniáiev, Konstantín Románov, Serguéi Aleksándrovich y, por último, el propio zar, que hacía poco acababa de recibir de manos del autor la crónica familiar de los Karamázov.

Hemos considerado fundamental examinar el vínculo del escritor con los círculos gubernamentales de los años 1870, que amplía nuestra comprensión de una de sus obras más importantes. No menos relevante es establecer con precisión el balance político de su labor periodística, puesto que a Dostoievski le cabe parte de la responsabilidad por la política estatal rusa de los años ulteriores. Desde una perspectiva histórica, es evidente que *Diario de un escritor* no fue un ejercicio verbal inofensivo de su autor. Dostoievski en los años 1870 parece preparar la política reaccionaria de fines de siglo. En línea con las ideas estatales de Pobedonóstsev, defiende para el poder supremo los principios del «cesaropapismo» bizantino, admira a Pablo I ataviado con la dalmática de un pontífice; en política exterior, aboga por la antigua tradición de Rusia como gran potencia, encaminada a la conquista de Constantinopla y los estrechos, y, a la vez, por una nueva expansión y conquista en Asia como contrapeso a la influencia colonial de Reino Unido. En los asuntos internos, no sólo «pone un punto a las reformas», sino que reclama el camino inverso: regresar al poder fuerte de la época de su infancia y juventud, cuando en el trono ruso se erguía la figura, tan imponente para él, de un «monarca que creía en su dignidad y en su derecho» y reinaba apoyado en la tríada de Uvárov autocracia-ortodoxia-identidad nacional. Es precisamente esta tríada la que él resucita en *Diario de un escritor*, completando esa nueva teocracia con el principio de consulta al *ziemstvo* para conferir al poder de Petersburgo y a la iglesia bizantina la impronta nacional rusa. Ese eclecticismo político, que combina retazos de Petersburgo, Bizancio y la *isba* rusa, lo asimiló la época de Alejandro III<sup>117</sup>.

Tal es a grandes rasgos el epílogo de Dostoievski. El largo proceso de acercamiento a la autocracia y la resuelta «traición a sus convicciones anteriores» culmina

---

<sup>117</sup> En los años 1870, el nacionalismo de Dostoievski se vuelve beligerante. Plantea el singular principio de la «altivez» en la conciencia que cada gran nación tiene de su propio valor en el mundo. «Hemos olvidado que todas las grandes naciones pusieron de manifiesto sus grandes fuerzas precisamente en el hecho de ser tan “altivas” en su opinión de sí mismas (y que precisamente desde ahí fueron útiles al mundo e introdujeron en él, cada una de ellas, siquiera un rayo de luz) que siguieron siendo ellas mismas, orgullosas e inquebrantables, siempre altivamente independientes» (*PSS*, 29.1; 260-261, III, 50). Esta idea, por lo visto, dominó la conversación que Dostoievski mantuvo con el diplomático francés Melchior de Vogüé (posteriormente autor del famoso libro *La novela rusa*) el 17 y 29 de enero de 1880.

---

en la época en la que ofrenda al heredero *Los demonios*, *Diario de un escritor* y *Los hermanos Karamázov*, en la que se ocupa de la educación espiritual de los grandes príncipes y en la que interviene en las veladas literarias en los salones del Palacio de Mármol. Este último semblante, «crepuscular» y oscuro de Dostoievski, es tan susceptible de estudio como las demás fases de su evolución ideológica y vital. Tal examen de la última etapa de sus ideas no persigue el objetivo de acusar y desenmascarar al gran novelista ante nuestra actualidad revolucionaria, sino sólo revelar uno de los dramas más profundos de su biografía, tan abundante en tormentos.

En el plano político, así como en el ámbito de las vivencias personales, el destino de Dostoievski fue trágico. Cruelmente tratado por una autocracia belicosa que apenas si le perdonó la vida y lo privó despiadadamente de su juventud, renunció a la concepción utópico-social del mundo de sus primeros años y, bajo la brutal presión del zarismo, aceptó y sobrellevó la tragedia de la defección política. Eso fue un castigo no menos duro que la casa muerta<sup>118</sup>, pero Dostoievski lo aceptó con resignación, tras arrancar de su corazón la afición por aquellas doctrinas emancipadoras que, según sus propias palabras, había cobijado con pasión en su corazón cuando era joven. Y si los temas clásicos de los utopistas sobre la época dorada y la felicidad universal aún resuenan a veces en las tardías obras de Dostoievski en la prédica de las tesis de Pobedonóstsev sobre el fortalecimiento de la autocracia y la aniquilación de toda revolución, eso no es más que la nostalgia del apóstata por la concepción del mundo rechazada, que en su tiempo le había inspirado tantos anhelos a su temprano vuelo creativo.

He ahí por qué, en sus más despiadados ataques contra la revolución, Dostoievski mantiene inalterable el afán de comprender y reencauzar a la «perdida» joven generación. Su simpatía por la búsqueda de la verdad y el espíritu de sacrificio de una juventud que, según Dostoievski, no encuentra el camino correcto en sus vagabundeos morales e intelectuales, resuena más de una vez en los escritos de sus últimos diez años, y donde más se oye es en su principal obra antirrevolucionaria, *Los demonios*. Precisamente en esta obra, el Don Quijote del hegelianismo ruso de los años 1840, Stepán Trofímovich Vierjovienski, encuentra para su opinión sobre Necháiev y sus seguidores unas palabras penetrantes y purificadoras que el propio autor, ya en nombre suyo, repite en el borrador del prólogo a su panfletaria epopeya<sup>119</sup>. Tales son esas pocas páginas del último

---

<sup>118</sup> Es decir, la prisión de Siberia. (Nota del traductor).

<sup>119</sup> Cf. mi artículo introductorio a *Los demonios* en la edición de Academia. Citemos este fragmento inédito de Dostoievski: «En Kiríllov la idea nacional es sacrificarse de inmediato por la verdad. Hasta el ciego y

---

Dostoievski, en las cuales el genio inextinguible del gran artista intenta penosamente vencer al periodista reaccionario y a un ideólogo como de Maistre.

Pero la orientación principal del camino ahora está trazada con inexorable univocidad. La evolución de las ideas culminó en una cristalización de excepcional dureza. La ligeramente vaga fermentación de teorías y utopías y el fervoroso entusiasmo por las novelas sociales, cuando el joven Dostoievski, a su manera, como artista, de modo abstracto y soñador, pero sincero y fervoroso, asimilaba las lecciones del fourierismo, quedaron atrás para siempre. Desde entonces, el Dostoievski artista experimentó un brusco viraje en la búsqueda de formas novelescas y, paralelamente, de la ideología que las movilizaba. De George Sand y Fourier, que enseñaron al joven Dostoievski a introducir en sus páginas la inspiradora palpitación de la actualidad social y de los sueños revolucionarios, el último Dostoievski se dirige a Stiebnitski, Krestovski, Kliúshnikov. Los nuevos cánones de la novela de denuncia les confieren en ocasiones dinamismo e inquietante actualidad a sus últimas novelas. Pero, junto con los procedimientos técnicos y los logros compositivos, facilitan también la creación de esa sombría filosofía social que arroja su densa sombra sobre sus últimos libros. El gran escritor no superó esas venenosas corrientes de la reacción contemporánea e, imbuido de ellas, disminuyó fatalmente el nivel general de su labor artística.

En ello reside no sólo la tragedia personal de su destino de escritor, sino también, acaso, una de las catástrofes más profundas de la literatura rusa. Basta con imaginarse por un instante qué poderosa epopeya para el futuro de la humanidad nos habría dejado el sabio y trágico Dostoievski si hubiera seguido viviendo con los anhelos socialistas de su juventud para comprender la enorme dimensión de ese fenómeno y todo el triste sentido de esa pérdida.

Pero los destinos literarios fueron otros. El genial novelista fue quebrado por su época y ya no pudo seguir con osadía y valentía el libre camino de Herzen, Heine o Hugo. La garra muerta del zarismo interrumpió el crecimiento potencial de los sueños emancipadores del joven Dostoievski, destrozó con crueldad su joven destino, lo encadenó imperiosamente a su despiadada causa y, acaso, se alzó con la más triste y sombría de sus victorias, arrancando por la fuerza esa inmensa fuerza creadora a la

---

desdichado suicida del 4 de abril [D. Karakózov – L. G.] creía en aquel tiempo en su verdad (dicen que después se arrepintió, gracias a Dios) y no se escondía como Orsini, sino que se plantaba de frente. Sacrificar todo y a sí mismo por la verdad es el rasgo nacional de la generación. Que Dios la bendiga y le envíe una verdad serena, porque toda la cuestión consiste precisamente en qué se considera verdad. Para ello escribí mi novela».

literatura del «renovado mundo futuro», a la que con tanta ansia había adherido, al comienzo de su carrera, el joven discípulo de Bielinski y Spéshniev.

Traducción de Alejandro Ariel González